

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



«PADRE Y MAESTRO DE LA JUVENTUD»

Don Bosco, educador
de la juventud

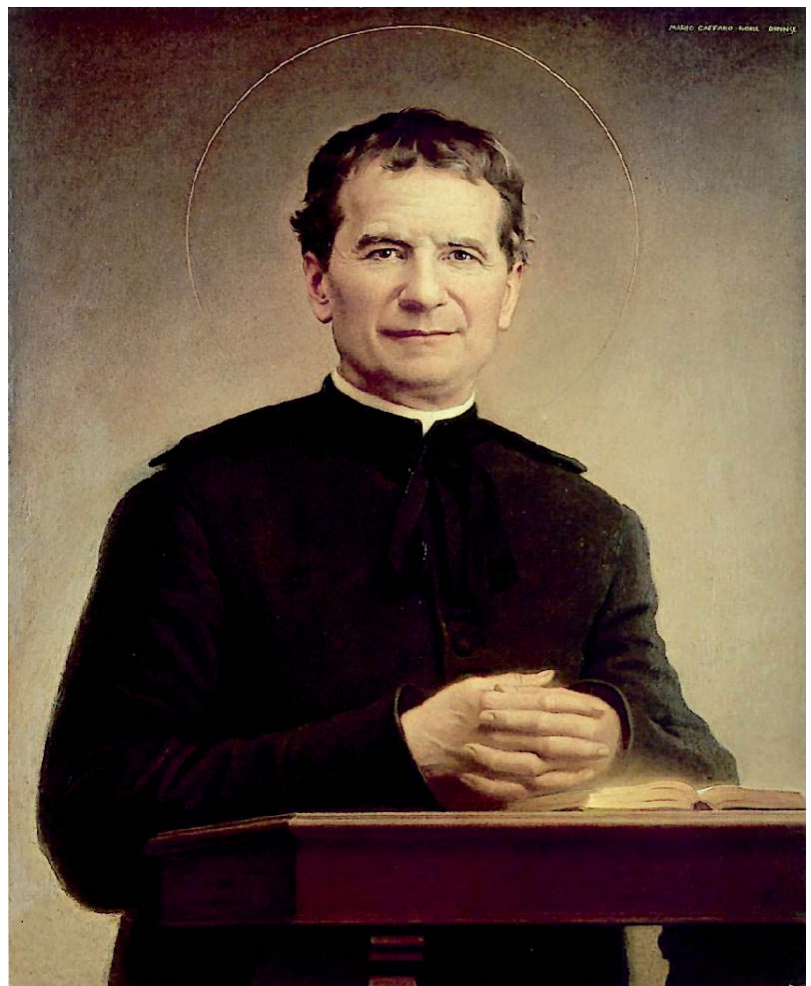
Recuerdos salesianos
del cardenal Bergoglio

Don Bosco y la Virgen

El Tibidabo, muestra
del amor de Don Bosco
al Corazón de Jesús

Víctor Manuel II,
el conde Cavour y Don
Bosco

La dignidad y respon-
sabilidad de los fieles
laicos (II)



«Dígase cuanto se quiera sobre los diversos sistemas de educación, pero yo no encuentro ninguna base segura si no es en la frecuencia de la confesión y la comunión: y creo no afirmar demasiado asegurando que, omitidos estos dos elementos, la moralidad desaparece».

Sumario

Don Bosco, educador de la juventud <i>Gregorio Peña</i>	3
La vida en el colegio era «un todo» <i>Jorge Mario Bergoglio</i>	8
«Yo te daré la Maestra» <i>Marta Mas</i>	12
Don Bosco y el Corazón de Jesús <i>Nicolás Echave SDB</i>	14
Don Bosco y el Tibidabo <i>Ramón Alberdi SDB</i>	18
Víctor Manuel, el conde Cavour y Don Bosco <i>Gerardo Manresa</i>	23
El acontecimiento cristiano en la vida de los laicos <i>Guzmán Carriquiry</i>	27
La Iglesia norcoreana <i>Ariadna Blanco</i>	31
Vuestra soy, para Vos nació <i>Santiago Arellano</i>	33
La relación entre doctrina cristiana y pastoral <i>Juan Antonio Reig Pla</i>	35
Virgen de Nuria, Virgen de la montaña <i>Eulalia Vives</i>	38
Vida de Carmen Sallés <i>María Gelpí Rodríguez</i>	40
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

RAZÓN DEL NÚMERO

DE nuevo en nuestras páginas un aniversario: doscientos años del nacimiento de san Juan Bosco. Qué fecundidad tan grande la de este gran santo que movido por su amor por los jóvenes, creó un estilo apostólico en la educación que continúa siendo de gran actualidad.

Desde hace años el tema educativo es objeto de un continuado debate pedagógico centrado en algo que no es lo más importante en la educación. Se constata la grave y creciente dificultad que actualmente lleva consigo la tarea educadora y se investiga sobre cuáles deben ser los métodos pedagógicos más adecuados para superar la frecuente situación de fracaso escolar y universitario causado, según dicen, por la falta de interés y por tanto de motivación por lo que se estudia. Se reclama una enseñanza más vinculada con las cuestiones de la vida práctica y se pretende disminuir la importancia del profesor. Todas estas cuestiones confusamente mal planteadas son fruto del olvido de la cuestión central de toda la educación: ¿cuál es el fin de la tarea educadora? ¿qué presupuestos antropológicos y teológicos tienen que fundar la educación? Se ha diluido el mismo concepto de educación cristiana reduciéndola a una «educación en valores», de discutible raíz cristiana. Pío XI afirmaba que sólo la educación cristiana es una verdadera educación porque es la única que contempla la verdadera realidad del hombre como criatura de Dios, destinado a la vida eterna.

En san Juan Bosco encontramos una de las más sólidas realizaciones del modelo de educación cristiana de la juventud, su sistema preventivo fundado en la consagración total del maestro a la tarea educadora, en el amor abnegado hacia sus alumnos y en la confianza en los medios sobrenaturales: confesión y comunión frecuente. Esta realidad educativa que describe al cardenal Bergoglio en sus recuerdos sobre el colegio salesiano que frecuentó en su juventud, donde el hábito al estudio, la educación de la afectividad no sensiblera, y de un modo especial la educación de la piedad, mariana, eucarística y de amor al Papa constituían la base de una verdadera cultura católica. Don Bosco, como afirmó Juan Pablo II «realiza su santidad personal en la educación, vida con celo y corazón apostólico, y que simultáneamente sabe proponerla como meta concreta de su pedagogía.»

Si bien el legado educativo constituye el sello apostólico más destacado de Don Bosco no hemos querido dejar de lado otros aspectos importantes en su vida como su entrañable devoción a María Auxiliadora y al Sagrado Corazón de Jesús. De ello tenemos en Barcelona una especial y extraordinaria muestra con el templo expiatorio del Tibidabo.

Queremos hacer mención de dos noticias que han sido para los que hacemos esta revista y para todos sus lectores, motivo de profundo gozo y agradecimiento la convocatoria de un jubileo extraordinario que tendrá como centro la misericordia de Dios y el anuncio de la próxima canonización, durante la celebración del Sínodo de la Familia el próximo mes de octubre, de los padres de santa Teresita. Por todo ello elevamos nuestra acción de gracias a Dios y le agradecemos al papa Francisco este doble regalo a la Iglesia.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA – D.L.: B-15860-58

Don Bosco, educador de la juventud

GREGORIO PEÑA

EL 16 de agosto de este año se cumplirá el doscientos aniversario del nacimiento de san Juan Bosco. Hoy se le conoce en todo el mundo católico como el «Apóstol de los jóvenes». Antes de tratar de la tarea que realizó para que hoy lo propongamos como modelo de educador cristiano, deseo considerar otra cosa.

En 1825, Juanito Bosco tuvo un sueño:

« (...) Cuando tenía nueve años, tuve un sueño... ¡Este sueño me acompañó a lo largo de toda mi vida! Me pareció estar en un lugar cerca de mi casa, era como un gran patio de juego de la escuela. Había muchos muchachos, algunos de ellos decían malas palabras. Yo me lancé hacia ellos golpeándoles con mis puños. Fue entonces cuando apareció un personaje que me dijo: “No con puños, sino con amabilidad vencerás a estos muchachos” Yo tenía sólo nueve años. ¿Quién me estaba pidiendo a hacer algo imposible? Él me respondió: “Yo soy el Hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día. Mi nombre pregúntaselo a mi Madre”. De repente apareció una Mujer de majestuosa presencia. Yo estaba confundido. El me llevó hacia ella y me tomó de la mano. Me di cuenta que todos los niños habían desaparecido y en su lugar vi todo tipo de animales: perros, gatos, osos, lobos... Ella me dijo: “Hazte humilde, fuerte y robusto... y lo que tú ves que sucede a estos animales, tú lo tendrás que hacer con mis hijos”. Miré alrededor y vi que los animales salvajes se habían convertido en mansos corderos... Yo no entendí nada... y pregunté a la Señora que me lo explicara... Ella me dijo: “A su tiempo lo comprenderás todo”».

Los sueños premonitorios marcaron la vida de Don Bosco. Pese a que en aquel momento no entendió muy bien el sueño y tuvo diferentes interpretaciones en el seno de su familia, cuando en 1846, ya sacerdote, el padre Cafasso le aconsejó dar crédito a sus sueños como parte de un plan divino en beneficio de las almas, Don Bosco tomó este sueño como la orientación de su apostolado.

El mismo Juan Bosco no llegaba a comprender del todo el significado de este sueño, pero confió en Dios y en la «Mujer de majestuosa presencia»: «A su tiempo lo comprenderás todo». Llegado ya a la conclusión de su vida, durante la celebración de la

misa en la basílica del Sacro Cuore de Roma, apenas consagrada (16 de mayo de 1887), se conmueve hasta las lágrimas y confiesa: «Ahora lo entiendo todo». Revive toda su vida: María lo ha sostenido siempre, fortaleciendo su voluntad para ser «fuerte y robusto», de lo contrario no habría podido soportar todas las pruebas, el peso y la dureza de aquella misión.

De la misma manera que el «*Fiat*» de la Virgen María nos trajo El Salvador al mundo, la confiada de Juan Bosco en la Providencia, le permitió realizar el plan que Dios le había asignado. Calladamente Dios lo fue preparando: Al realizar diversos trabajos para pagarse sus estudios, Juan aprende pastelería, sastrería, ferretería, zapatería y muchos otros oficios que después le servirían para sus muchachos; se convierte además en maestro del teatro, música, prestidigitación, habilidades que le serán de gran utilidad para crear un clima de alegría entre muchachos acogidos al Oratorio.

De la misma manera, a cada uno de los hombres, El Salvador nos ha llamado a la vida, para realizar una tarea. Seguramente no comprendemos claramente cual; sólo la atenta escucha en oración y la confianza humilde nos permiten entrever su voluntad y ponernos en disposición de cumplirla.

Para explicar de qué forma Juan Bosco realizó su misión, volveremos continuamente a este sueño premonitorio.

Finalidad de la educación

JUAN BOSCO, lo que enseñaba a sus jóvenes es la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

En el patio de juegos de su sueño había muchachos que luego aparecen convertidos en animales salvajes (que representan la fealdad del pecado). Estos animales salvajes se convierten en mansos corderos (imagen de la belleza de la virtud, imagen de los recogidos por el Buen Pastor). ¿Cómo ha sucedido esta transformación? Aquella a quien Juan Bosco saluda tres veces al día, aquella que, tomándole de la mano, le hace presenciar la transformación, le dijo: «Hazte humilde, fuerte y robusto... y lo que tú ves que sucede a estos animales, tú lo tendrás que hacer con mis hijos». Juan Bosco recibe el encargo de hacer que los jóvenes sean educados



Domingo Savio, Francisco Besucco y Miguel Magone. Capilla san Luis (Oratorio Valdocco)

para que se transformen de «animales salvajes» en «mansos corderos», para que puedan entrar en el Paraíso.

Nuestra fe nos enseña que a todo hombre, tras su peregrinación sobre la tierra, le aguarda la meta de la eternidad, y que la muerte y resurrección de Jesús han abierto al cristiano las puertas del Paraíso. Don Bosco no tuvo nunca dificultades en presentar a sus jóvenes estas realidades. Escribiendo en su libro de oraciones algunas reflexiones sobre el tema de la muerte, del juicio, del Paraíso y del Infierno, les mostraba cuál es el destino del hombre.

Hablaba con frecuencia de la muerte (la mortalidad infantil y juvenil era muy alta en ese tiempo), pero a la catequesis de la muerte unía siempre la del Paraíso. Así no les espantaba con sus reflexiones, al contrario, les ayudaba a vivir con seriedad el deber de cada día con la mirada proyectada al futuro que para todos era el de una eternidad feliz.

Para prepararles a bien morir, les exhortaba a vivir bien. Había ideado para ello el «ejercicio de la buena muerte». Lo presentaba así en la vida que escribió sobre Domingo Savio: «Existe la costumbre, en esta casa, de que nuestros muchachos hagan el ejercicio de la buena muerte una vez al mes. Consiste en prepararse haciendo una confesión y comunión como si fuesen la última de la vida...».

La finalidad última de la educación que pretende Juan Bosco es que los educandos (y también los educadores) puedan entrar en el Paraíso. ¡Qué lejos de esto están las actuales prácticas educativas!

Método para educar

CONSIDERADO ya cual es el fin de la educación, veamos ahora el medio que, inspirado en el sueño de los nueve años, utilizaba Don Bosco.

«No con puños, sino con amabilidad vencerás a estos muchachos», le explicaba el Hijo de aquella a quien Juan Bosco saludaba tres veces al día. Frente a los sistemas represivos de educación que primaba en la Europa del siglo XIX, Don Bosco educaba con un sistema preventivo.

En su obra *El sistema preventivo en la educación de los jóvenes*, Don Bosco escribe:

«Dos son los sistemas usados en todo tiempo en la educación de la juventud: preventivo y represivo. El sistema represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos, después vigilar para conocer a sus transgresores y aplicar el castigo merecido, cuando sea necesario. Según este sistema, las palabras y la mirada del superior deben ser siempre severas, y más bien amenazadoras, y él mismo debe evitar toda familiaridad con los subordinados. Para añadir valor a su autoridad, el director deberá encontrarse raramente entre sus subordinados y, por lo general, solo cuando se trata de castigar o de amenazar. Este sistema es fácil, poco trabajoso, y ayuda especialmente en el ejército y, en general, entre las personas adultas y juiciosas, que deben estar en grado de saber y recordar por sí mismas lo que es conforme a las leyes y a las otras prescripciones.

Diverso y, diría, opuesto, es el sistema preventivo. Consiste en dar a conocer las prescripciones y los reglamentos de un Instituto y después vigilar de tal manera que los alumnos tengan siempre sobre ellos el ojo vigilante del director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en toda circunstancia, den consejos y corrijan amablemente, lo que equivale a decir: poner a los alumnos en la imposibilidad de cometer faltas. Este sistema se apoya por entero en la razón, en la religión y en la amabilidad; por tanto, excluye todo castigo violento y procura alejar los mismos castigos suaves».

La práctica de este sistema está apoyada por entero en las palabras de san Pablo, que dice: *Charitas benigna est, patiens est; omnia suffert, omnia sperat, omnia sustinet* (La caridad es benigna y paciente; sufre todo, pero espera todo y soporta cualquier disturbio [cf. 1 Cor 13, 4.7].) Por esto, sólo el cristiano puede aplicar el sistema preventivo con éxito. Razón y religión son los instrumentos que debe usar constantemente el educador, enseñarlos, practicarlos él mismo, si quiere ser obedecido y conseguir su fin.

Hoy, habituados a propuestas educativas fundamentadas en imaginarios principios, reconforta la natural solidez del método de Juan Bosco: *razón y religión*.

Si atendemos a la razón es evidente que el sistema preventivo encauza la libertad humana sin violentarla, y por ello es más conforme a nuestra naturaleza. En el sistema represivo se impone una voluntad externa a la propia, lo cual es contrario a nuestra naturaleza y por ello resulta ineficaz y contraproducente.

Pero, por encima de las consideraciones racionales, están las que conocemos por la revelación de Cristo: la caridad cristiana (e, inseparablemente de ella, la fe y la esperanza). El mismo Juan Bosco en «*El sistema preventivo en la educación de la juventud*», puso la siguiente nota original:

«No hace mucho tiempo que un ministro de la Reina de Inglaterra, visitando un Instituto de Turín, fue llevado a una sala espaciosa donde estudiaban cerca de quinientos jovencitos. Se maravilló no poco al contemplar tal multitud de muchachos en perfecto silencio y sin asistentes. Creció más su admiración cuando supo que en todo el año no había habido que lamentar una palabra de disturbio ni un motivo para infligir o amenazar con un castigo. Preguntó: —¿Cómo es posible obtener tanto silencio y tanta disciplina? Dígamelo. Y usted —añadió a su secretario—, tome nota de cuanto diga. —Señor, respondió el director del centro, el medio que usamos nosotros no pueden usarlo ustedes. —¿Por qué? —Porque

—Porque son arcanos desvelados sólo a los católicos. —¿Cuáles? —La frecuente confesión y comunión y la misa diaria bien oída. —Tiene toda la razón; nosotros carecemos de estos poderosos medios de educación. —¿No se pueden suplir con otros medios? —Si no se emplean estos elementos religiosos, hay que recurrir a las amenazas y al palo. —Tiene razón; tiene razón. O religión o palo. Quiero contarle en Londres».

Puesto que hoy se excluye la religión de las escuelas y de la sociedad, la conclusión resulta evidente: represión. De poco o de nada sirven los razonamientos orientativos para la buena conducta; siempre se puede replicar con otros razonamientos. Sin religión, solo el temor al castigo impide las malas acciones. Toda educación cristiana debería tomar muy en serio la recomendación de «frecuente confesión y comunión y la misa diaria bien oída». Así evitaríamos la tentación de pesimismo. Don Bosco nos invita al optimismo sobrenatural que es hijo de la fe.

«Así como no existe terreno ingrato y estéril en el que, por medio de largo y paciente trabajo, no se pueda lograr frutos, así también, en el terreno del alma humana se producen honestos pensamientos y luego actos virtuosos cuando un educador, con ardientes oraciones, añade sus esfuerzos a la mano de Dios».

En el método de Don Bosco, un aspecto fundamental, y que hasta ahora no he destacado explícitamente, es el optimismo y la alegría. El optimismo cristiano es un producto de la fe, la esperanza y la caridad en armoniosa fusión. La caridad, dice el Apóstol, «todo lo cree, todo lo espera». Por eso, entre los santos, encontramos esa alegría de los hombres que esperan y cuentan con la ayuda de Dios. Sin la faceta del optimismo, la figura poliédrica de Don Bosco se vería privada de una de sus destellos más radiantes y no se explicaría la personalidad de su Obra. Para los pesimistas que sólo saben ver el lado malo de las personas reservaba Don Bosco su frase: «Del prójimo o hablar bien o callar». «Cuando no puedas excusar la acción, excusa siempre la intención». Su palabra estaba siempre impregnada de optimismo. Tenía un sentido exquisito para destacar las virtudes del prójimo.

A un exalumno salesiano de la ciudad italiana de Parma, el doctor Vero Pellegrini, le preguntaron, en una entrevista, cómo dividiría a la humanidad si se viese obligado a separarla en categorías antitéticas. Cogido de improviso, respondió lo más obvio: entre buenos y malos, pero luego añadió: «yo no sé qué respuesta me daríais cada uno de vosotros, lo que sí sé es la respuesta de Don Bosco; él diría: almas salvadas y almas que tienen que ser salvadas». Así era la bondad paterna y esperanza de Don Bosco.

El sistema preventivo de Don Bosco

I. En qué consiste el sistema preventivo y por qué debe preferirse

Parece que es preferible el sistema preventivo por las siguientes razones:

1. El alumno avisado preventivamente no queda avergonzado por las faltas cometidas, como sucede cuando éstas son referidas al superior. Y nunca se enfada por la corrección recibida o por el castigo amenazado o impuesto, porque en él hay siempre un aviso amistoso y preventivo que lo hace razonable y, por lo general, logra ganar el corazón, de modo que el alumno comprende la necesidad del castigo y casi lo desea.
2. La razón más esencial es la ligereza juvenil, que en un momento olvida las reglas disciplinarias y los castigos con que éstas amenazan. Por eso, con frecuencia un joven se hace culpable y merecedor de una pena, a la que nunca ha prestado atención, que no recordaba nada en el momento de cometer la falta y que ciertamente habría evitado si una voz amiga le hubiese advertido.
3. El sistema represivo puede impedir un desorden, pero difícilmente hará mejores a los que delinquen. Se ha observado que los jóvenes no olvidan los castigos sufridos y, por lo general, conservan rencor con deseo de sacudir el yugo y hasta de tomar venganza. (...)
4. El sistema preventivo persuade al alumno de tal manera que el educador podrá siempre hablarle con el lenguaje del corazón, tanto en el periodo de su educación como después de ella. Ganado el corazón de su protegido, el educador podrá ejercer sobre él una gran influencia, avisarle, aconsejarle e incluso corregirle cuando ya se encuentre colocado en empleos, en cargos civiles y en el comercio. Por estas y otras muchas razones parece que el sistema preventivo es preferible al represivo.

II. Aplicación del sistema preventivo

La práctica de este sistema está apoyada por entero en las palabras de san Pablo..., (*ver p. 4 del presente número de Cristiandad*)

1. En consecuencia, el director debe estar consagrado por completo a sus educandos, y no asumir responsabilidades que lo alejen de su cargo; más aún, debe encontrarse siempre con sus alumnos en todas las ocasiones en que no estén obligatoriamente ligados por alguna ocupación, excepto si están debidamente asistidos por otros.
2. Los maestros, los jefes de taller, los asistentes deben ser de probada moralidad. Traten de evitar, como la peste, cualquier clase de apego o amistades particulares con los alumnos, y recuerden que el desliz de uno solo puede comprometer a un Instituto educativo. Procúrese que los alumnos no estén nunca solos. En cuanto sea posible, los asistentes deben precederles en el sitio donde deben reunirse; entreténganse con ellos hasta que estén asistidos por otros; no les dejen nunca desocupados.
3. Debe darse amplia libertad de saltar, correr, gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, las excursiones, son medios eficacísimos para obtener la disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Procúrese únicamente que la materia de entretenimiento, las personas que intervienen, las conversaciones que se tienen, no sean vituperables. Haced lo que queráis, decía el gran amigo de la juventud san Felipe Neri; me basta con que no cometáis pecados.

4. La confesión y la comunión frecuente y la misa diaria son las columnas que deben sostener un edificio educativo del que se quiera tener alejadas la amenaza y el palo. No obligar nunca a los jovencitos a frecuentar los santos sacramentos, sino sólo animarlos y ofrecerles facilidad para que se aprovechen de ellos. Luego, con ocasión de ejercicios espirituales, tríduos, novenas, predicaciones, catequesis, póngase de relieve la belleza, la grandeza, la santidad de una religión que propone medios tan fáciles y tan útiles para la sociedad civil, para la tranquilidad del corazón, para la salvación del alma, como son precisamente los santos sacramentos. De esta manera los jóvenes quedan prendados espontáneamente de estas prácticas de piedad y se acercarán a ellas voluntariamente con gusto y con fruto.

5. Vigílese con el mayor cuidado para impedir que entren en el Instituto compañeros, libros o personas que tengan malas conversaciones. La elección de un buen portero es un tesoro para una casa de educación.

6. Cada noche, después de las oraciones ordinarias y antes de que los alumnos vayan a descansar, el director, o quien haga sus veces, dirija unas palabras afectuosas en público, dando algún aviso o consejo sobre cosas que hay que hacer o evitar, y procure sacar las máximas de hechos sucedidos en ese día en el instituto o fuera. Pero sus palabras no deben sobrepasar nunca los dos o tres minutos. Esta es la clave de la moralidad, del buen funcionamiento y del éxito de la educación.

7. Aléjese como la peste la opinión de alguno que quisiera retrasar la primera comunión hasta una edad demasiado avanzada, cuando por lo general el demonio ha tomado posesión del corazón de un jovencito, con daño incalculable de su inocencia. Según la disciplina de la Iglesia primitiva, se solían dar a los niños las hostias consagradas que sobraban en la comunión pascual. Esto sirve para darnos a conocer cuánto desea la Iglesia que los niños sean admitidos pronto a la santa comunión. Cuando un jovencito sabe distinguir entre Pan y pan y muestra suficiente instrucción, no se mire la edad y venga el Soberano celestial a reinar en aquella bendita alma.

8. Los catecismos recomiendan la frecuente comunión. San Felipe Neri la aconsejaba cada ocho días, e incluso con mayor frecuencia. El Concilio de Trento dice claramente que desea sumamente que todo fiel cristiano, cuando va a oír la santa misa, haga también la comunión. Pero que esta comunión no sea sólo espiritual, sino también sacramental, para que se obtenga el mayor fruto de este augusto y divino sacrificio (*Concilio Tridentino*, sesión 22, c. 6).

III. Utilidad del sistema preventivo

Alguno dirá que este sistema es difícil en la práctica. Advierto que para los alumnos resulta mucho más fácil, más satisfactorio, más ventajoso. Para los educadores, en cambio, encierra algunas dificultades, pero que disminuyen si el educador se entrega con celo a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus alumnos; por eso, debe estar dispuesto a afrontar cualquier molestia, cualquier fatiga, con tal de conseguir su fin, que es la educación civil, moral, intelectual de sus alumnos.

(...)

Si se pone en práctica este sistema en nuestras casas, creo que podremos obtener buenos resultados sin acudir ni al palo ni a castigos violentos. Hace cerca de cuarenta años que trato juventud y no recuerdo haber impuesto castigos de ninguna clase y, con la ayuda de Dios, he obtenido siempre no sólo cuanto era obligatorio, sino también lo que sencillamente yo deseaba, y esto de aquellos mismos alumnos sobre quienes parecía perdida esperanza de buen resultado.

La vida en el colegio era «un todo»

JORGE MARIO BERGOGLIO SJ

El 20 de octubre de 1990 Jorge Mario Bergoglio escribió desde Córdoba (Argentina) una larga carta al salesiano Cayetano Bruno, el historiador de la Iglesia argentina, para recordar a Enrique Pozzoli, el salesiano amigo de la familia que lo había bautizado el 25 de diciembre de 1936. En estos fragmentos Bergoglio habla de «sus recuerdos salesianos», en concreto del año 1949, cuando él tenía 13 años y asistía al colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles en Ramos Mejía, en su ciudad de Buenos Aires. (Publicado por Zenit.org., 30 de enero de 2014).

Mi experiencia más fuerte con los salesianos fue en el año 1949, cuando cursé como interno el sexto grado en el colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles, en Ramos Mejía (...). Me cuesta hacer una descripción parcial de diversos aspectos del colegio, simplemente porque muchas veces he reflexionado sobre ese año de vida y, poco a poco, se fue configurando la reflexión de conjunto, que es la que quisiera compartir aquí. Soy consciente de que será algo intelectualizado quizás, sin la frescura de la anécdota simple, pero —por otra parte— también sé que esta visión de conjunto es la que fui elaborando yo, y nace de mi experiencia: es objetiva a mi juicio».

La vida de colegio era «un todo». Uno se sumergía en una trama de vida, preparada como para que no hubiera tiempo ocioso. El día pasaba como una flecha sin que uno tuviera tiempo de aburrirse. Yo me sentía sumergido en un mundo, el cual si bien era preparado «artificialmente» (con recursos pedagógicos) no tenía nada de artificial. Lo más natural era ir a misa a la mañana, como tomar desayuno, estudiar, ir a clases, jugar en los recreos, escuchar las «Buenas noches» del padre Director. A uno le hacían vivir diversos aspectos ensamblados de la vida, y eso fue creando en mí una conciencia: conciencia no sólo moral sino también una especie de conciencia humana (social, lúdica, artística, etc.). Dicho de otra manera: el colegio creaba, a través del despertar de la conciencia en la verdad de las cosas, una cultura católica que nada tenía de «beata» o «despistada». El estudio, los valores sociales de convivencia, las referencias sociales a los más necesitados (recuerdo haber aprendido allí a privarme de cosas para darlas a la gente más pobre que yo), el deporte, la competencia, la piedad... todo era real y todo formaba hábitos que, en su conjunto, plasmaban un modo de ser cultural. Se vivía en este mundo pero abierto a la transcendencia del otro

mundo. A mí me resultó más fácil luego en la secundaria hacer la «transferencia» (en sentido pedagógico) a otras realidades. Y esto simplemente porque las realidades vividas en el colegio las había vivido bien: sin distorsiones, con realismo, con sentido de responsabilidad y horizonte de transcendencia. Esta cultura católica es —a mi juicio— lo mejor que he recibido en Ramos Mejía.

Todas las cosas se hacían con un sentido. No había «sin sentidos» (al menos en el orden fundamental; porque accidentalmente había impaciencias de algún educador o pequeñas injusticias cotidianas, etc.). Yo aprendí allí, inconscientemente casi, a buscar el sentido a las cosas. Uno de los momentos claves de esto, de aprender a buscar el sentido a las cosas, eran las «Buenas noches» que habitualmente daba el padre Director. A veces lo hacía el padre Inspector, cuando pasaba por el colegio. Al respecto recuerdo una, como si fuera hoy, que dio Mons. Miguel Raspanti, inspector en ese entonces. Sería a principios de octubre del 49. Había viajado a Córdoba porque su mamá había muerto, el 29 de septiembre. A su regreso nos habló de la muerte. Ahora, a los casi 54 años, reconozco que esa plática nocturna es el punto de referencia de toda mi vida posterior respecto al problema de la muerte. Esa noche, sin sustos, sentí que algún día yo iba a morir y eso me pareció lo más natural. Cuando, uno o dos años después, me enteré de cómo había muerto el padre Isidoro Holowaty, cómo había aguantado por mortificación tantos días el dolor de vientre (él era enfermero) hasta que un miércoles, cuando el padre Pozzoli fue a confesar a los salesianos de allí, le ordenó que viera al médico, bueno al enterarme de esto me pareció lo más natural, que un salesiano muriera así, ejercitando virtudes. Otra «Buenas noches» que hizo mella fue una que dio el padre Cantarutti sobre la necesidad de pedir a la Santísima Virgen para acertar en la propia vocación. Recuer-

do que esa noche fui rezando intensamente hasta el dormitorio (se debió notar algo porque dos días después el padre Avilés me hizo un comentario de paso)... y, después de esa noche, nunca me dormí si no rezando. Era un momento psicológicamente apto para dar sentido al día, y a las cosas.

En el colegio aprendí a estudiar. Las horas de estudio, en silencio, creaban un hábito de concentración, de dominio de la dispersión, bastante fuerte. También, con ayuda de los profesores, aprendí método de estudio, reglas nemotécnicas, etc. El deporte era un aspecto fundamental de la vida. Se jugaba bien y mucho. Los valores que enseña el deporte (además de la sanidad de vida que crea) ya los conocemos. Tanto en el estudio como en el deporte tenía cierta importancia la dimensión de la competencia: nos enseñaban a competir bien y a competir en cristiano. Con los años oí ciertas críticas a este aspecto competitivo de la vida... pero curiosamente las hacían cristianos «liberados» de ese aspecto pedagógico pero que en la vida diaria se sacaban los ojos compitiendo por dinero o por poder... y no competían en cristiano.

Una dimensión que creció mucho en mis años posteriores al año de colegio fue mi capacidad de sentir bien; y me di cuenta de que la base fue puesta en el año de internado. Allí me educaron el sentimiento. Los salesianos tienen una especial habilidad para esto. No me refiero a la «sensiblería» sino al «sentimiento» como valor del corazón. No tener miedo a sentir y a decirse a sí mismo lo que uno está sintiendo.

La educación de la piedad era otra dimensión clave. Una piedad varonil, acomodada a la edad. Dentro de la piedad merece una especial mención la devoción a la Santísima Virgen. A mí me la grabaron a fuego... y, por lo que recuerdo, a mis compañeros también. Y el recurso a Nuestra Señora es clave para la vida. Va desde la conciencia de tener una Madre en el Cielo que me cuida hasta el rezo de las tres avemarías, o del Rosario. Pero la Virgen ha quedado y no ha podido irse del cordón de nosotros. También nos inculcaban, y quedaba grabado, un respeto y amor al Papa. A veces he oído críticas sobre la «piedad» que se nos inculcaba en el colegio (años después las oí), pero siempre son las consabidas cantinelas de aquel que no quiere ir a misa porque en el colegio lo obligaban, etc. Ésta es una crítica anacrónica porque se traslada al campo de la pedagogía de la piedad un problema puntual como es la rebeldía adolescente o juvenil.

Muy unido al amor y a la devoción a la Virgen Santísima estaba el amor a la pureza. Al respecto (y creo que respecto de todo el sistema preventivo de Don Bosco) hay una incompreensión muy grande. A mí me enseñaron a amar la pureza sin ningún tipo de enseñanza obsesiva. No había obsesión sexual en

el colegio, al menos el año que estuve yo. Más obsesión sexual he encontrado más adelante en otros educadores o psicólogos que hacían ostensiblemente gala de un «*laissez-passer*» al respecto (pero que en el fondo interpretaban las conductas con una clave freudiana que olfateaba sexo en todas partes).

Existía también lugar para los hobbies, trabajos de artesanía, inquietudes personales. P.ej. el padre Lambruschini nos enseñaba a cantar, con el padre Avilés aprendí a hacer un gelatógrafo y a usarlo; había un padre ucraniano (padre Esteban) y los que queríamos aprendíamos a ayudarlo con la misa en rito ucraniano... y así tantos recursos (teatro, armar campeonatos, actos académicos, taxidermia, etc.) que canalizaban hobbies e inquietudes. Se nos educaba en la creatividad.

¿Cómo manejaban las crisis nuestros educadores? Nos hacían sentir que podíamos confiar, que nos querían; sabían escuchar, nos daban buenos consejos, oportunos... y nos defendían tanto de la rebeldía como de la melancolía.

Todas estas cosas configuraban una cultura católica. A mí me prepararon bien para el secundario y para la vida. Nunca (al menos en lo que recuerdo) se negociaba una verdad. El caso más típico era el del pecado. Es parte de la cultura católica el sentido del pecado... y allí en el colegio lo que yo traía de mi casa en este sentido se fortaleció, tomó cuerpo. Uno después podía hacerse el rebelde, el ateo, pero en el fondo estaba grabado el sentido del pecado; una verdad que no se tiraba por la borda, para hacerlo todo más fácil. Hablo de cultura católica porque todo lo que hacíamos y aprendíamos también tenía una unidad armoniosa. No se nos «parcializaba», sino que una cosa se refería a la otra y se complementaban. Inconscientemente uno se sentía creciendo en armonía, lo cual por supuesto no podía explicitarlo en ese momento, pero luego sí. Y, por otra parte, todo era de un realismo contundente.

Si esos hombres que yo conocí en el colegio —y con esta reflexión termino— pudieron crear una «cultura católica» fue porque tenían fe. Creían en Jesucristo, y —un poco por fe y otro poco por caraduras— se animaban a «predicar»: con la palabra, con sus vidas, con su trabajo. No tenían vergüenza de cachetarnos con el lenguaje de la cruz de Jesús, que es vergüenza y locura para otros. Me pregunto: cuando una obra languidece y pierde su sabor y su capacidad de leudar la masa, ¿no será más bien porque Jesucristo fue suplido por otro tipo de opciones: psicologistas, sociologistas, pastoralistas? No quiero ser simplista en esto, pero no dejo de preocuparme por el hecho de que —por hacer gestos radicales de inserción social— se abandone la adhesión a Jesucristo vivo y la consiguiente inserción en cualquier medio ambiental, incluso el educativo, para construir una cultura católica.

Las dos columnas

La noche del 30 de mayo de 1862 narró Don Bosco a sus muchachos el «sueño de las dos columnas». No es ningún secreto que Don Bosco proclamó siempre que la devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen eran las dos columnas de la vida cristiana, pero ahora añadía algo nuevo: eran la única esperanza frente a las persecuciones en las que iba a verse sumergida la Iglesia. El sueño se convertía, al mismo tiempo, en un signo profético de esperanza de que las fuerzas del mal no prevalecerán en la historia.



AQUELLA noche Don Bosco cuenta ante unos quinientos jóvenes la historia que se representa en el cuadro. Al finalizar el santo pregunta a Miguel Rúa ¿Qué piensas de esta narración?

Miguel Rúa contestó:

—Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar, al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla. Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

San Juan Bosco le respondió:

—Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para la Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación a lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto!: devoción a María Santísima, frecuencia de Sacramentos, comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y en todo momento. ¡Buenas noches!

«De san Juan Bosco obtengo inspiración cotidiana para mi trabajo apostólico, porque considero —y creo no apartarme de la verdad— que Don Bosco es el profeta de los tiempos modernos, suscitado por Dios para encaminar a los pueblos por los caminos de la salvación en el culto de la Eucaristía y de la Virgen. Lo confirma la visión profética de las dos columnas en medio del mar».

Beato Ildefonso SCHUSTER, arzobispo de Milán
Congreso Eucarístico Internacional de Turín
Septiembre de 1953

«Yo te daré la maestra»

MARTA MAS

A lo largo de la vida de Don Bosco se descubre su gran confianza y abandono en la Virgen María. Desde bien pequeño, su madre le había enseñado las costumbres habituales cristianas de devoción a la Virgen: rezar las oraciones por la mañana, a mediodía con el rezo del Ángelus y al atardecer. Además su madre enseñaba el catecismo a sus tres hijos. Don Bosco recuerda: «Mi madre me enseñó las oraciones. Me hacía poner de rodillas con mis hermanos por la mañana y por la noche, y todos juntos rezábamos las oraciones. (...) También fue ella quien me ayudó a prepararme para mi primera confesión. Me acompañó a la iglesia, se confesó ella primero, me recomendó al sacerdote. Después me ayudó a dar gracias». También en esa época empezó a rezar el rosario como tantos otros campesinos que entre azada y azada repetían más de cincuenta veces el Ave María. Juan empezó hablar así a la Virgen María a quien Ella miraba y escuchaba.

Su madre, el día de su ordenación sacerdotal, le dijo: «Cuando viniste al mundo, te consagré a la Santísima Virgen. Cuando comenzaste los estudios, te recomendé la devoción a esta nuestra Madre. Ahora te digo que seas todo suyo». Don Bosco nunca olvidó esas palabras.

San Juan Bosco siente a María como la madre que cada día está a su lado en todo momento, mientras trabaja, reza o duerme. Sabe que es la madre que le mira, cuida y piensa en él en los momentos duros y en las alegrías de cada día. Cuando muere su madre el 25 noviembre de 1856 tras una pulmonía, Don Bosco rompe a llorar delante de la imagen de la Virgen María y le dice: «Ahora mis hijos y yo nos quedamos sin madre en la tierra. Quédate a nuestro lado, haznos tú de madre».

La Virgen, madre de los jóvenes

Don Bosco que se sentía «llevado de la mano» por María Santísima, hablaba de ella todas las noches a sus jóvenes, los cuales vivían el amor a la Virgen. Afirmaba que cada vez que un joven entraba en una casa salesiana, la Santísima Virgen lo tomaba bajo su celestial protección. Don Bosco transmitía esta devoción a sus muchachos: un encuentro habitual, doméstico, familiar con la «ma-

dre de cada día». Don Bosco daba consejos en sus conversaciones cotidianas con los muchachos o en la confesión a modo de jaculatorias como por ejemplo, «Amar tiernamente a la Virgen Santísima», «Invocar frecuentemente a Jesús y María», «¿Qué estás en medio de la tempestad? Invoca a la Virgen que es la Estrella del mar», «Oh María, sed mi salvación» o «Que Dios os bendiga y la Santísima Virgen sea nuestra guía en todos los peligros de la vida».

Esta relación filial con la Virgen María es un elemento decisivo que destaca en el sueño que tuvo a los nueve años. Presentamos ahora las referencias marianas de este «sueño», tal y como cuenta él en sus *Memorias*:

«En el sueño me pareció estar junto a mi casa. Al ver una turba de chiquillos que se pegaban me metí enseguida en medio de ellos. En aquel momento apareció un hombre muy respetable, me llamó por mi nombre y me mandó ponerme al frente de aquellos muchachos, añadiendo estas palabras: No con golpes, sino con la mansedumbre y caridad.

– ¿Y cómo podré conseguirlo? – respondí – Yo te daré la Maestra – siguió el personaje – Bajo su disciplina podrás llegar a ser sabio, pero sin ella toda sabiduría se convierte en necedad.

– ¿Y quién sois vos que me habláis de este modo?

– Yo soy el Hijo de aquella a quien tu madre te acostumbra a saludar tres veces al día.

– ¿Y cuál es vuestro nombre?

– Pregúntaselo a ella.

– Ella, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo: He aquí tu campo, he aquí donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto. Y poniéndome la mano sobre la cabeza me dijo: A su debido tiempo, todo lo comprenderás» (*Memorias del Oratorio* 16).

Pero María se ha convertido también en la Maestra a la que Jesús le ha confiado para indicarle, en el sueño, la misión que le espera: «He aquí tu campo, donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto y lo que veas que les ocurre a estos animales, deberás hacerlo tú con mis hijos.» Así Don Bosco identificará a María como la madre de los jóvenes más pobres, abandonados y en peligro, aquellos que, al final del sueño, se transforman, de animales salvajes en dóciles corderillos, «que brincaban y correteaban en torno balando como agradeciendo a aquel Hombre y a aquella Señora». Lo sostendrá en el cre-



María Auxiliadora (basílica de María Auxiliadora, Turín)

cimiento de las virtudes de la humildad, en la fuerza y fortaleza para llevar a cabo la transformación de los muchachos rebeldes y violentos en corderillos, hijos de Dios y, más aún, en intrépidos pastorcillos.

No sólo recibe la indicación de campo de acción sino también del modo como llevar a cabo su misión, con aquella amabilidad con la que sólo podrá conquistarlos. «No con golpes sino con la mansedumbre y la caridad deberás hacerlos tus amigos. Háblales de la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud». María enseña a Juan el arte de educar.

María, fundadora de la Congregación Salesiana

EL 26 de enero de 1854 a los primeros muchachos que han crecido a su lado y se han convertido en sus primeros colaboradores, Don Bosco les dice: «La Virgen quiere que iniciemos una sociedad. Nos llamaremos salesianos.» A Don Juan Cagliero le dirá: «María Santísima es la fundadora y sostenedora de nuestras obras». Esta convicción absoluta de Don Bosco no ha aparecido de improviso, ha ido creciendo a medida que se verifican los acontecimientos ordinarios y extraordinarios en los que palpa la intervención de la Virgen. Don Bosco concluye: «Creía poco, pero fui entendiendo poco a poco a medida que todo se iba verificando... Cada uno tenga la seguridad de que es la Virgen la que quiere nuestra Congregación... Animémonos siempre más a trabajar por la mayor gloria de Dios».

En efecto, no es Don Bosco el que escogió a María, es María, la que, enviada por su Hijo, tomó la iniciativa de escoger a Don Bosco y de fundar, por medio de él, la obra salesiana, que es obra suya, para siempre. Don Bosco no se contentó con amar a María Auxiliadora, sino que muchos de sus desvelos se centraron en hacerla amar. Durante toda su vida durará esta enseñanza, y Don Bosco le será fiel aun a costa de grandes esfuerzos. Así, al final de su vida, podrá confiarles a sus jóvenes y a sus salesianos: «No hemos dado un paso que no nos haya sido indicado por la Virgen». En un sueño también «ve» a un gran campo donde surge una gran iglesia. Esta iglesia será la basílica de María Auxiliadora.

Don Bosco no tenía dinero alguno para empezar a edificar la iglesia, pero quería construir una iglesia grande y digna de la Virgen Santísima. Afirmó en 1862: «Hasta ahora, hemos celebrado solemnemente la fiesta de la Inmaculada. Pero la Virgen quiere que la honremos con el título de María Auxiliadora: corren tiempos muy tristes y necesitamos que la Virgen Santísima nos ayude a conservar y defender la fe cristiana.(...) María es la fundadora y sostenedora de nuestras obras».

Se ha dicho que las manos de Don Bosco, al dar la bendición de María Auxiliadora, eran milagrosas. Bastaba con decirle confidencialmente a la Virgen: «¡Ea, comencemos!», y los milagros florecían.

Un ejemplo de estos milagros sucede en Montemagno donde va Don Bosco en pleno mes agosto. Hacía más de tres meses que no llovía y se secaban todas las cosechas. Don Bosco en el sermón les dice:

«¡Ea, comencemos!», y los milagros florecían.

«Si durante estos tres días os reconciliáis todos con Dios, haciendo una buena confesión, y recibiendo cada día de la fiesta la comunión, os prometo, en nombre de la Virgen, que lloverá abundantemente. El día de la Asunción amaneció un día claro, azul y con sol. Pero pocos minutos después de empezar la homilía de Don Bosco, empezó a caer una fuerte lluvia que se convirtió en un hermoso himno de agradecimiento de la Virgen María.

Cuentan de otro milagro ocurrido cuando Don Bosco volvía al Oratorio. Era un bebé de menos de un año pero que estaba inmóvil y enfermo desde que nació. Don Bosco le dijo a su madre: «Cuando pueda vaya a confesarse y comulgar. Diga durante nueve días el padrenuestro, y el avemaría, y convida a su marido a rezarlos. La Virgen les oirá». Bendijo al bebé con la bendición de María Auxiliadora. A los quince días se presentó la madre con el niño totalmente curado. La mujer estaba tan agradecida que venía a cumplir su promesa de entregarle todo lo que tenía de más valor. Al ser un matrimonio hu-

milde, Don Bosco, no quería aceptarlo. Pero tras la insistencia de la mujer, Don Bosco se conmovió al oír que la mujer le decía: «El Señor ve que somos pobres y nos ayudará en todo lo que necesitemos. Yo he de cumplir con lo prometido». Y entregó su anillo de oro.

«A su tiempo lo comprenderás todo», le había sido dicho en el sueño de los 9 años. Llegado ya a la conclusión de su vida, durante la celebración de la misa en la basílica del Sacro Cuore de Roma, apenas consagrada (16 de mayo de 1887), se conmueve hasta las lágrimas y confiesa: «*Ahora lo entiendo todo*». Revive toda su vida: María lo ha sostenido siempre, fortaleciendo su voluntad para ser «fuerte y robusto», de lo contrario no habría podido soportar todas las pruebas, el peso y la dureza de aquella misión.

Sigamos a Don Bosco que nos invita a sentir a la Virgen Santísima siempre cercana como madre, maestra, guía y auxiliadora en la lucha para perseverar en nuestra fe.

Don Bosco anima a los muchachos a ser devotos de san José

«Por esto os digo a todos: honrad a este santo siendo en todo exactos y ejemplares en clase, en el estudio, en la iglesia, en el comedor, en el dormitorio; y los que no lo fueron tanto en el pasado, procuren serlo en adelante. Tanto más cuanto que san José es abogado de los que han de examinarse; por lo tanto encomendaos a él y estad seguros de que saldréis muy bien.

»Y los que hasta ahora estudiaron poco, esfuércense para ponerse a tono, y, con la ayuda del santo Esposo de la Santísima Virgen, espero que no harán mal papel. Cuántas veces fue invocado este santo en los exámenes y sucedió que las calificaciones fueron mejores de lo que se merecían, ya porque los examinadores preguntasen las materias que mejor se sabían, ya porque, acobardado él para responder, encontrase salida satisfactoria a las preguntas hechas.

»Con esto no quiero deciros que hagáis el gandul esperando que el Santo os ayude, antes al contrario, que os arrepintáis de haberlo hecho hasta ahora y que, al recurrir a él, determinéis ser más aplicados en adelante. Si queréis, os sugiero una práctica de piedad en honor de san José. Rezadle todos los días de este mes un padrenuestro y un avemaría; es muy poco, pero os ayudará mucho. Terminó deseándoos una noche feliz en la paz y bendición del Señor».

San JUAN BOSCO,
Memorias biográficas, VIII, 53

Don Bosco y el Corazón de Jesús

NICOLÁS ECHAVE SDB

A la hora de hablar de la devoción de Don Bosco al Corazón de Jesús, hemos de situarnos en una perspectiva evolutiva. Como ocurrió con la devoción a la Virgen a la que empezó honrando con el título de Inmaculada hasta transformarse en Auxiliadora y dedicarle la Basílica en el corazón de su Obra, de igual modo empezó con la devoción a Jesús Sacramentado que se fue transformando, especialmente en sus últimos años, en la del Sagrado Corazón, dedicándole la Basílica del Sacro Cuore de Roma, objeto de sus afanes y desvelos de los últimos años.

Pero el beato Felipe Rinaldi, su tercer sucesor al frente de la Congregación, gran enamorado del Corazón de Jesús, supo reconocerlo ya presente en la primera hora, la del sueño de los nueve años. Así lo expresó el 24 de diciembre de 1924:

«El primer sueño de Don Bosco es el resumen del método educativo que nos legó en herencia, es la voz del Corazón de Jesús que habla una vez más a los hombres».¹

Esta es, pues, la primera intervención del Sagrado Corazón de Jesús en la historia de la Congregación Salesiana y el Augusto Personaje que habla a Juanito en aquel sueño, no es otro sino el Corazón Sacratísimo de Jesús.

El paso gradual desde la devoción a Jesús Sacramentado a la del Sagrado Corazón se puede deducir de pequeños detalles que van apareciendo a lo largo de su vida y que llegan a encontrar su síntesis en la enseñanza del joven Luis Fleury Colle, del que Don Bosco escribió la vida, y que, en una visión, ilustró así al santo: «Los muchachos han de estar convencidos de tres cosas: amor de Dios, comunión frecuente y amor al Sagrado Corazón de Jesús, pero esta última incluye las otras dos».²

Por el Sagrado Corazón desde la primera hora

DON Lemoyne, el biógrafo de Don Bosco, escribe que desde los primeros tiempos de la Obra Salesiana, ardía en el ánimo de Don Bosco la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, propagándola no sólo entre los muchachos sino tam-

bién entre sus amigos y bienhechores. En 1860 una noble señora, agradeciendo a Don Bosco el interés que había mostrado en su conversión, escribía entre otras cosas: «Confío mucho en la misericordia y el amor del Corazón de Jesús, mi devoción predilecta, que usted me inspiró aún antes de hacerme católica».³

Otra señora, la Condesa Cambray Digny, esposa del Ministro de Finanzas, escribía a Don Bosco: «Le agradezco su instrucción sobre el amor del Sagrado Corazón de Jesús, que Vd. se dignó enviarme y que intentaré meditar a diario a fin de que el divino Corazón se digne inspirarme y conducirme por el camino que lleva a Él...»⁴

El 2 de mayo de 1883, en París, Don Bosco se dirigió a celebrar la misa en la capilla de las religiosas del Sagrado Corazón de Conflans y luego, hablando con ellas se expresó así: «Aquí se adquiere el verdadero calor, quiero decir el amor de Dios, y no sólo para sí mismo sino para llevarlo a otras partes y hacer que participen de él las almas. Tenemos la fuente en el Santísimo Sacramento. Propagad esta devoción que encierra todas las demás, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús».⁵

Según el beato Felipe Rinaldi, su tercer sucesor, desde que el papa León XIII le confió la construcción de la basílica del Sagrado Corazón en Roma, «Don Bosco se convirtió en un apóstol infatigable del Sagrado Corazón, difundiendo esta devoción en sus casas y fuera de ellas, haciendo escribir artículos populares en el Boletín Salesiano por los inolvidables Don Bonetti y Don Cerrutti..., haciendo familiares entre sus jóvenes las prácticas de los Nueve Oficios y la Guardia de Honor».

La consagración de la Iglesia universal al Sagrado Corazón, 1875

EL 22 de abril de 1875 apareció un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos invitando y exhortando a los fieles a consagrarse solemnemente al Sagrado Corazón el 16 de junio, fecha probable de la Gran Aparición. La Sagrada

1. *Atti del Capitolo Superiore della Pia Società Salesiana*, anno V, p. 333

2. MB, XV, p. 88

3. *Memorias biográficas* VI, ed. esp. p. 788 y ss

4. *Memorias biográficas* VIII p. 844, ed. esp.

5. *Memorias biográficas* XVI, p. 169

Congregación proponía al mismo tiempo una fórmula, aprobada por el Papa, y concedía indulgencia plenaria a cuantos la recitasen el día indicado. Los fieles respondieron con entusiasmo: la consagración se llevó a cabo el 16 de junio con gran solemnidad en las iglesias del universo católico. El mismo Papa la hizo en la capilla Paulina.

La consagración en el Oratorio de Don Bosco

CÓMO se vivió esta consagración en el Oratorio de Don Bosco? Las crónicas de aquellos meses de junio de 1875 son particularmente elocuentes.

El 4 de junio coincidió con el primer viernes después de la octava del Corpus Christi. Don Bosco anunció la noche anterior, el 3 de junio, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús y explicó la razón del culto al Sagrado Corazón de Jesús.

El 16 del mismo mes concurrían dos fechas de suma importancia: el centenario de la revelación hecha por el Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita de Alacoque y el vigésimo quinto aniversario del pontificado de Pío IX. Por ello se eligió aquel día para hacer el ejercicio de la buena muerte, aunque todavía había pasado poco tiempo desde los ejercicios espirituales. Los jóvenes se acercaron a la sagrada mesa; hubo después algo más de recreo, que aumentó la alegría. Por la tarde todo el Oratorio se unió a la Iglesia universal con el acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Primero explicó don Miguel Rúa desde el púlpito el significado y el valor de aquel homenaje; después leyó la fórmula, que los jóvenes fueron repitiendo en alta voz. La bendición fue precedida por un solemne *Te Deum* en acción de gracias a Dios por haber deparado a la Iglesia un pontífice de tanta valía.

El afán eucarístico de Don Bosco

JUAN BOSCO fue uno de los primeros en intuir lo que muchos no veían, cómo el culto al Sagrado Corazón era el medio fácil y eficaz para conducir a las almas a la mesa eucarística y el fruto más deseable para el provecho de las almas. Intuyó que el amor a Cristo en el Sacramento y la frecuencia de la comunión eran la parte más hermosa y excelente de la devoción al Sagrado Corazón y el fruto más deseable para el provecho de las almas.

Sin nombrarla había ya practicado y enseñado la verdadera devoción al Corazón eucarístico muchos años antes de que fuese introducida y aprobada por la Iglesia. Se puede afirmar incluso que toda su vida fue un empeño constante por conducir

a las almas, especialmente de los jóvenes, al Corazón eucarístico. En el breve rasgo histórico que en *«El Joven Cristiano»*, hace de esta devoción, se preocupa de recordar que «Jesús pidió a una humilde religiosa un culto especial de reparación por las ofensas que recibe en la Santísima Eucaristía» y a esta pequeña instrucción le sigue la Coronilla que es un himno de alabanza al Santísimo Sacramento y un intenso deseo de reparación.

Son palabras que se convierten en un anticipo de cuanto proclamará Pío XI: «Y ciertamente en el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús tiene la primacía el espíritu de expiación y reparación; ni hay nada más conforme con el origen, índole, virtud y prácticas propias de esta devoción, como la historia y la tradición, la sagrada liturgia y las actas de los santos pontífices confirman».⁶

De la Eucaristía a la vida

PERO Don Bosco no se detenía en los actos de devoción y en las prácticas esenciales; apuntaba más alto, quería que la devoción fuese no sólo afectiva sino efectiva y práctica. Sabía el santo que la espiritualidad del Sagrado Corazón tiene como finalidad imitar a Cristo llegando en la contemplación de sus acciones y palabras al fondo del amor que las impulsa, y procurando seguir las por y con amor, es decir, imitando su dulzura, su humildad, su paciencia...

Un día, el hoy beato Augusto Czaritorisky pidió a Don Bosco que le indicase una devoción para practicar durante toda la vida. El Santo respondió: «La devoción para practicar durante toda la vida es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del altar en el que continuamente este Corazón divino palpita de amor por nosotros y se inflama por el deseo de ayudarnos a hacer obras buenas y a volver nuestro corazón siempre más semejante al suyo». Este era todo el programa ascético de Don Bosco: piedad eucarística, práctica de la vida cristiana, imitación de Jesucristo.

Un templo en el corazón de la Cristiandad

PERO la Consagración del género humano al Sagrado Corazón efectuado por León XIII, que constituye como el punto de partida de las grandes declaraciones pontificias del siglo XX, no había sido el primer acto significativo del gran pontífice hacia este divino Corazón. Le había prece-

6. *Miserentissimus Redemptor*, nº 13



Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús (Roma)

dido un encargo especialísimo confiado a Don Bosco, la construcción de la basílica del Sacro Cuore en la capital de la Cristiandad.

Nos los relatan las *Memorias biográficas* de Don Bosco en su tomo XIV.⁷

En 1871 los obispos de Italia anduvieron a porfía para consagrar solemnemente sus diócesis al Corazón adorable de Jesús, y de ahí surgió la idea de que en la ciudad del Vicario de Cristo debía levantarse un gran santuario dedicado al divino Corazón de Jesús, desde donde, como de horno perenne, irradiara nuevo ardor de piedad de la urbe al orbe entero.

Este fue el motivo por el cual el angélico Pío IX dispuso que en dichos terrenos se levantase el templo al Sagrado Corazón de Jesús, alegrándose mucho de que, desde el punto más alto de la ciudad eterna, el Corazón adorable del Redentor bendijese al mundo entero como desde un gran trono.

Mientras tanto la muerte arrebató al gran Pío IX, sin que se hubiese hecho todavía nada para realizar su proyecto. La subida de León XIII al trono pontificio señaló el verdadero comienzo de la empresa. Él, que desde el obispado de Perugia había sido uno de los primeros en consagrar su diócesis al Sagrado Corazón, conocidas las intenciones de Pío IX, activó su ejecución cuanto pudo.

Las obras empezaron enseguida con presteza. Se comenzó por el movimiento de tierras para hacer

7. *Memorias biográficas de san Juan Bosco*, T. XIV p. 488 y siguientes

desaparecer un montículo que estorbaba el emplazamiento de la obra, porque se elevaba unos metros sobre el nivel de la calle; después se comenzaron las excavaciones del terreno para la cimentación.

Y aquí tropezaron los obreros con un gran obstáculo, frecuente en el subsuelo romano: aparecieron enseguida altas galerías subterráneas, excavadas en tiempos remotos para la extracción de la puzolana, que se emplea en Roma, como en otras partes la arena, para la argamasa. Este contratiempo obligó a bajar a catorce metros de profundidad para encontrar el firme que permitiese empotrar los cimientos. Se pudo colocar la primera piedra, el día 17 de agosto de 1879, dedicado a san Joaquín, onomástica del Papa.

Pero entretanto la iniciativa romana, aunque lanzada desde un puesto tan alto y recomendada por nombres de la más rancia y venerable nobleza, después de los primeros entusiasmos, se paralizó completamente. La falta de dinero obligó a suspender los trabajos, cuando la construcción apenas si estaba a flor de tierra. El Papa quedó afligidísimo por ello, y no podía resignarse a aquella especie de fracaso. Un día León XIII, reunido con los cardenales, les manifestó la gran amargura de su alma por aquella forzada suspensión.

—Está de por medio, decía, la gloria de Dios, el honor de la Santa Sede y el bien espiritual de una población tan numerosa.

—Santo Padre, se adelantó a decir el cardenal Alimonda, yo propondría un modo seguro para conseguir el intento.

—¿Cuál?, preguntó el Papa sorprendido.

—Confiarlo a don Bosco.

—Pero, ¿don Bosco aceptará?

—Santidad, yo conozco a don Bosco y su plena e ilimitada devoción al Papa, si Vuestra Santidad se lo propone, estoy segurísimo que aceptará.

En la audiencia del 5 de abril, le manifestó León XIII su propio deseo, asegurándole que, al dar su asentimiento, haría algo santo y gratisimo al Papa, porque era demasiada su pena ante aquella impotencia para continuar la obra comenzada.

—Un deseo del Papa, contestó Don Bosco, es para mí un mandato, acepto el encargo, que Vuestra Santidad tiene la bondad de encomendarme.

—Pero yo no podré daros dinero, añadió el Papa.

—Yo no pido dinero a Vuestra Santidad, sólo pido su bendición con todos los favores espirituales, que creyere oportuno conceder a mí y a cuantos cooperen conmigo a hacer que el Corazón de Jesús tenga un templo en la capital del mundo católico.

Fue, pues, en el año 1880 cuando don Bosco aceptó el abrumador encargo de construir la basílica del Sagrado Corazón en Roma. Desde entonces todas sus fatigas y solicitudes serán polarizadas en torno a esta gran empresa. Con este objetivo emprenderá sus viajes a Francia y España. El Corazón de Jesús no le dejaba sin recompensa y multiplicaba los prodigios a su paso.

«A su tiempo lo comprenderás todo»

LA basílica de Roma se inauguraba el 14 de mayo de 1887.

«Aquella mañana quiso Don Bosco bajar a la iglesia para celebrar la misa en el altar de María Auxiliadora. Durante ella se paró por lo menos quince veces, víctima de una gran emoción y llorando. Don Carlos Viglietti, que le acompañaba, tuvo que ayudarlo de vez en cuando para que pudiera continuar. Al acabar, cuando se alejaba del altar para dirigirse a la sacristía, la gente conmovida se agolpó a su alrededor, besándole los ornamentos y la mano que llevaba libre del cáliz, y siguiéndole hasta la sacristía. Allí le pidieron todos a una voz que les diera la bendición.

–Sí, sí, respondió.

»Y subió los tres escalones de la puerta que comunica la primera con la segunda sacristía, se volvió hacia atrás, levantó la mano derecha, pero rompió a llorar de repente y, cubriéndose el rostro con

ambas manos, repetía con voz ahogada sin poder terminar la frase:

–Bendigo... bendigo...

»¿Quién no habría deseado saber cuál había sido la causa de tanta emoción? Cuando don Carlos Viglietti, su secretario, vio que había recobrado su calma habitual, se lo preguntó y él respondió:

»–Tenía viva ante mis ojos la escena de cuando soñé a los diez años con la Congregación. Veía y oía realmente a la mamá y a los hermanos opinar sobre el sueño...

»Entonces le había dicho la Virgen:

–A su tiempo lo comprenderás todo.

Pasaron ya desde aquel día sesenta y dos años de trabajos, sacrificios y luchas, cuando una especie de relámpago repentino le había revelado en la erección de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma, la conclusión de la misión que misteriosamente se le había trazado en los albores de su vida...»⁸

Con esto, don Bosco había terminado prácticamente el curso de su vida. A los ocho meses, moría santamente en Turín el 31 de enero de 1888. Pero antes el Corazón de Jesús le iba a ofrecer otra cumbre en otra gran ciudad, la montaña del Tibidabo en la ciudad de Barcelona. El anuncio profético le correspondió a él pero la realización iba a correr a cargo de sus hijos, los salesianos de España.

8. *Memorias biográficas de san Juan Bosco*, T. XVIII p. 298–299

¡Mi mayor satisfacción es verte alegre!

«Para nosotros la base de toda santidad consiste en estar siempre alegres». (VI, 356)

«Muéstrate siempre alegre, pero que tu sonrisa sea sincera». (VI, 697)

«Si quieres una vida alegre y tranquila, procura estar siempre en gracia de Dios». (XII, 133)

«Alegría, oración y comunión son el secreto de nuestra resistencia». (X, 1178)

«Alegría, estudio y piedad: es el mejor programa para hacerte feliz y que más beneficiará tu alma». (VII, 494)

«Al Señor le agrada que le sirvan con gusto, porque haciéndolo con alegría y de corazón, se ama más a Dios». (XII, 610)

«¿Queréis estar siempre satisfechos y risueños? Es la obediencia la que nos lleva a esa alegría». (XIII, 210)

San JUAN BOSCO: *Memorias biográficas*

Don Bosco y el Tibidabo*

RAMÓN ALBERDI SDB

Bendición y colocación de la primera piedra

Al comienzos del mes de diciembre de 1902, los salesianos de Sarrià y de Barcelona estaban organizando todo para proceder a la bendición y colocación de la primera piedra del templo que hoy vemos levantado en la cumbre más alta de la sierra de Collserola, y lleva el nombre de *Tibidabo*.

Aquellos salesianos habían invitado a la fiesta a varios obispos de Cataluña y a muchas asociaciones católicas barcelonesas. Entre los preladados, la figura más importante era la del cardenal Salvador Casañas y Pagès, quien, desde el año anterior, 1901, ejercía de obispo en su ciudad natal, Barcelona.

Él mismo fijó la fecha: el domingo 28 de diciembre, fiesta de los Santos Inocentes. Además, en ese día, la diócesis de Barcelona concluiría las celebraciones del Jubileo pontificio de León XIII. Según el deseo del cardenal había que dar al acontecimiento la mayor solemnidad posible.

Unos días antes, se había publicado una *Alocución* que dirigía el prelado a los católicos barceloneses. En ella, entre otras cosas, el obispo decía: «Santificar la montaña del Tibidabo –que, según la frase del poeta Verdaguer en su *Oda a Barcelona, és la superba acrópolis que vetlla la Ciutat*– dedicándola al adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios por parte de Barcelona (...) y, al mismo tiempo, la obra más simpática que puede proponerse a la piedad de los fieles». Imaginándose la cumbre ya coronada con el Templo, el cardenal Casañas no se cansa en enaltecer su futuro significado: «Faro que ilumine las inteligencias», «Imán que atraiga las voluntades», «Mediador entre Dios y los hombres», «Volcán de caridad», y «eficacísimo pararrayos, que, desarmando los rayos de la divina justicia –irritada por nuestros pecados–, los convierta en centellas de misericordia, que conmuevan y enciendan en su amor a todos los hombres».

*Resumen de la conferencia pronunciada por el doctor Ramón ALBERDI SDB en la Balmesiana el 13 de noviembre de 2002 con motivo de las Jornadas del centenario de la primera piedra del templo del Tibidabo.

La proclama del cardenal atrajo muchas adhesiones. Pero, sobre todo, tuvo el apoyo de numerosas asociaciones católicas. Allí estaban, por ejemplo, las Conferencias de San Vicente de Paúl, el Apostolado de la Oración, la Asociación de Católicos, la Adoración Nocturna del Santísimo Sacramento...

La idea de levantar un templo o santuario dedicado al Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo surgió de su seno –piadoso y caritativo– y ese mismo tejido asociativo le prestó el calor y el apoyo que necesitaba para abrirse a la luz del día.

Amaneció un día muy hermoso. Desde las primeras horas de la mañana, fueron llegando centenares de personas. Unos, por el funicular; otros, por la carretera; y otros, por los caminos y veredas que afluyen a la cumbre. «A las diez –precisa un testigo– era tan grande el gentío allí congregado, que con dificultad podía transitarse por las inmediaciones de la estación del funicular».

Una hora más tarde, llegaron el señor cardenal-obispo de Barcelona, el obispo de Lleida –monseñor Josep Messeguer y Costa– y el de Solsona –monseñor Joan Benlloch y Vivó–. Sonaron los acordes de la marcha real, se dispararon morteretes y una sección de la Guardia Civil rindió los honores de ordenanza.

Después de la misa, se procedió a la bendición de la primera piedra. El cardenal se arrodilló junto a la piedra y la bendijo. El público comenzó entonces el rezo de las letanías de los santos. A continuación, los clérigos asistentes, precedidos por los tres obispos y con la cruz alzada, recorrieron, entre cánticos religiosos, el perímetro que debía ocupar la nueva iglesia. Al final, bajaron la piedra, dentro de la cual, en un tubo de cristal esmerilado, fueron colocadas varias medallas, monedas y periódicos de la localidad. Entonces, el cardenal echó una paleta de mortero sobre la piedra, e hicieron lo propio los obispos de Lérida y de Solsona.

Resultó una jornada de grato recuerdo para todos. Con la fe y la ayuda de los barceloneses, el futuro templo, coronado con la imagen del Corazón de Jesús, sería «una fortaleza de paz y religión», «trono del Redentor», lugar desde donde vigila sobre la ciudad «el santo centinela», una «acrópolis cristiana», la «nueva Sión».

Don Bosco construye en Roma una iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús

CUANDO los dueños de la cumbre del Tibidabo le regalaron al fundador de los salesianos, san Juan Bosco, las dos hectáreas de su propiedad, lo hicieron, por escrito, con las palabras siguientes:

«Los infrascritos, propietarios de la cúspide de la montaña denominada Tibidabo, siguiendo el ejemplo de nuestro Santísimo Padre León XIII, quien confió a Vuestra Reverencia el honroso encargo de edificar en la Ciudad Eterna un templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, os ofrecen, prostrados a los pies de la Santísima Virgen de las Mercedes, patrona de esta ciudad y diócesis, la cumbre del Tibidabo, para que os sirváis, así mismo, levantar en ella una ermita que, consagrada al sacratísimo Corazón de Jesús, detenga el brazo de la justicia divina y atraiga las divinas misericordias sobre nuestra querida ciudad y sobre toda la católica España. Recibid, reverendísimo padre, nuestra oferta y dignaos confortarnos con vuestra santa bendición. Barcelona, en el presbiterio de la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, día cinco de mayo de 1886».

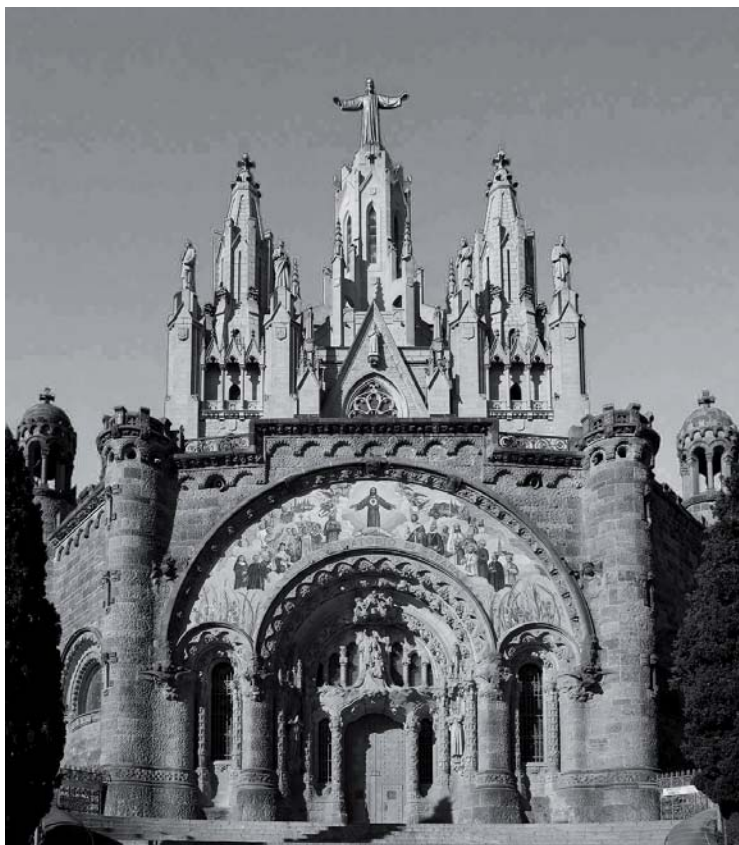
Se trata de un documento de primer orden para conocer la finalidad que perseguían los oferentes: se conforman con una «ermita», que es de unas dimensiones reducidas. Luego surgió el proyecto de un templo o de una grande iglesia.

Ahora conviene que nos fijemos en la historia de esa iglesia cuya construcción confió a Don Bosco el papa León XIII.

En 1875, Don Bosco había conseguido extender su Obra más allá de las fronteras de Italia —a Francia, a Argentina—. Pero, cinco años más tarde, aún no había logrado implantar su Congregación en la ciudad de Roma.

El día 24 de marzo de 1880, Don Bosco fue a visitar al cardenal—vicario de Roma, Monaco La Velle, la máxima autoridad eclesiástica después del Papa. Este andaba preocupado, porque, ya en tiempos del pontífice anterior, había iniciado la construcción de una gran iglesia dedicada al Corazón de Jesús, en el barrio popular de Castro Pretorio, pero las paredes apenas se levantaban del suelo... Por una parte, sentía la conveniencia y la necesidad de que la diócesis del Papa tuviera un templo así —ya que esta devoción se iba extendiendo por doquier—; pero, por otra parte, las obras estaban totalmente paralizadas. ¿Motivo? No había dinero. Se lo contó, como de pasada, a su interlocutor. Don Bosco calló y se puso a pensar.

A los cuatro días, estaba otra vez con el cardenal. Hablaron. Y, en consecuencia, el prelado le confiaba la continuación de las obras de la iglesia. Don Bosco se atrevió a poner dos condiciones: primera, la iglesia en cuestión tendría aneja una casa salesiana de beneficencia; y, segunda, tanto la iglesia como la casa se levantarían en memoria del pontífice difunto Pío IX, quien había sido un gran amigo y protector de los salesianos. El cardenal no tuvo inconveniente en aceptar lo que se le pedía.



Templo expiatorio nacional del Tibidabo

Con fecha 10 de abril, Don Bosco envió al cardenal—vicario una *promemoria* o pliego de condiciones. Entre otras, ponía las siguientes: el superior de los salesianos se comprometía a «*cercar mezzi pecuniarii e materiali da costruzione*», como también a dotar a la nueva iglesia de los utensilios necesarios y del personal adscrito al culto; al tiempo que adelantaban los trabajos de la construcción de la iglesia, «*si porrà mano all'edificazione di un ospizio (internado) in favore dei poveri fanciulli*»; en el caso de que las autoridades eclesiásticas eleven la iglesia a categoría de iglesia parroquial, el párroco será un salesiano; el cardenal—vicario presentará al Papa este proyecto, el cual no tendrá valor alguno sin su aprobación. León XIII quedó muy satisfecho.



San Juan Bosco en Barcelona (1886)

Don Bosco se entregó en cuerpo y alma a buscar los medios económicos que hacían falta para la construcción de todo el complejo. Fue una tarea brutal, que le desgastó la salud por completo. —Don Bosco, ¿cómo es que anda tan encorvado?, le preguntaban —Y respondía: «*Ho la chiesa del Sacro Cuore in Roma, che mi pesa sulle spalle*».

Don Bosco quiso asistir personalmente a las fiestas de la consagración de la iglesia, que tuvieron lugar entre los días 14 y 15 de mayo de 1887. El lunes 16, celebró la misa privadamente en el altar de María Auxiliadora de la nueva iglesia. Se sintió profundamente emocionado.

Lo narra así el cronista Carlos María Viglietti: «¡Pobre Don Bosco! Más de quince veces se puso a llorar conmovido, sin poder seguir (...). Después de la misa (...), llegado a la sacristía, se volvió para bendecir [a los que le rodeaban] (...). Levantó la mano, rompió a llorar a lágrima viva, se cubrió la cara con las manos... Y fue preciso arrastrarlo fuera de aquel lugar (...). He querido preguntar a Don Bosco por qué se conmovió tanto, durante la misa, y me dijo: Tenía tan viva, delante de mis ojos, la escena de cuando, a los diez años, tuve el sueño de la Congregación y oía tan bien a mis hermanos y a mi madre discutir y comentar sobre la visión tenida, que se sobreponía a todo lo demás».

Con esto, Don Bosco había terminado prácticamente el curso de su vida. A los ocho meses, moría santamente en Turín. Era el 31 de enero de 1888.

El Tibidabo en la mente y en el corazón de Don Bosco

AL finalizar el invierno del año 1886, nadie se creía en Turín que Don Bosco fuera capaz de emprender un viaje hasta España. Y, sin embargo, él se atrevía a declarar: «El hambre saca al lobo de su madriguera. Por eso, me veo obligado, aunque tan caduco y enfermizo, a emprender un nuevo viaje e ir, tal vez, hasta España».

Los católicos barceloneses quedaron halagados. Deseaban tener cerca a un hombre así: que frente a la bandera del liberalismo y del anticlericalismo reinantes en tantos sectores, levantara la bandera del Papado como una institución invicta y luminosa; de una Iglesia civilizadora y misionera, válida incluso en los tiempos modernos...

Don Bosco tuvo a su favor dos factores importantes:

1°. La ciudad de Barcelona sentía unas ansias incontenibles de expansión y crecimiento. Hacía tiempo que había derrocado las murallas de cuando era un enclave militar y no admitía otras murallas más que sus montes.

2°. La Iglesia local de Barcelona estaba llena de iniciativas y actividades. En el período que va de 1880 a 1900, cabe hablar de una *recatolización* de Barcelona y de Cataluña. Pienso que junto a una *Renaixença* literaria, cultural y política, hubo también una especie de *renaixença católica*.

Quienes impulsaban este proceso regenerador eran, entre otros:

1º. Las congregaciones religiosas, las cuales, en medio de sus dificultades, acabaron por asentarse sólidamente en la Ciudad Condal y en otros puntos.

2º. Las múltiples asociaciones de signo católico, cada cual con su propio talante –unas atendían a la vida espiritual; otras, a la beneficencia; otras, a la formación; otras, al fomento de la propaganda católica–.

3º. Josep Torras y Bages desde el amor a la tradición católica de Cataluña.

Las *devociones* que estimulaban la vida de las asociaciones mencionadas se centraban principalmente en dos:

1ª. La devoción a la Sagrada Familia y a san José, propugnada por el padre Josep Mañanet y Vives (1833–1901), e impulsada por la Asociación de Devotos de San José, que fundó Josep Maria Bocabella.

2ª. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, promovida por el *Apostolado de la Oración*, que procedía de Francia y a cuya extensión en España tanto contribuyó Josep Morgades i Gili. La venerable doña Dorotea de Chopitea y Villota –tan vinculada a Don Bosco y al Tibidabo– ayudó eficazmente a Morgades, y, por supuesto, no ocultaba su pertenencia al Apostolado de la Oración.

Si la devoción a san José explica el porqué del templo de la Sagrada Familia, la del Corazón de Jesús explica el porqué del templo del Tibidabo.

La primera noticia que tuvo Don Bosco de que iban a regalarle unas parcelas en la misma cumbre de la montaña fue en su visita a la finca de los señores Martí–Codolar, en Horta, el 3 de mayo de 1886.

«Esta cumbre –escribe el cronista– era propiedad, hace pocos años, de personas malvadas, que querían convertir aquel lugar en un sitio de diversiones malsanas moralmente, o construir un templo protestante. Siete buenos señores se pusieron de acuerdo y lo compraron, y hoy han decidido, de común acuerdo, regalársela a Don Bosco, a fin de que él pueda responder a los malintencionados con las palabras de Cristo: “*Vade retro, Satanas*”».

Los compradores estaban decididos a salvaguardar el destino cívico y urbanístico de aquella cúspide, que consideraban privilegiada. Un personaje destacado del grupo se llamaba Manuel María Pascual y de Bofarull, abogado, cuñado y colaborador de confianza de Luis Martí–Codolar y Gelabert, el propietario que había agasajado en su finca de Horta a san Juan Bosco.

El 5 de mayo de 1886, en el presbiterio de la basílica de Nuestra Señora de la Mercè, después del canto solemne de la *Salve Regina*, se adelantaron los citados propietarios y entregaron a Don Bosco el documento de donación que conocemos.

Al entregárselo, el presidente de las Conferencias –el mencionado don Manuel– dijo a Don Bosco: «Para perpetuar el recuerdo de vuestra visita a esta ciudad, se han reunido estos señores y, de común acuerdo, han determinado cederos la propiedad del monte Tibidabo, a fin de que en la cumbre del mismo se levante un santuario al Sagrado Corazón de Jesús».

El cronista, Carlos María Viglietti, describe así la reacción de Don Bosco: «a partir de Turín –dijo–, iba pensando en mi interior la manera de promover cada vez más la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; y me decía: “ahora la iglesia de Roma está terminada; ¿dónde podré yo erigir al divino Corazón algún otro monumento”?... ¡Ah, mis buenos señores! –añadía llorando–, ¡vosotros sois los instrumentos de Dios! La Providencia me decía *Tibi–dabo*, es decir: yo te buscaré un lugar donde puedas satisfacer tus deseos... ¡Me manda a vosotros! Y yo, ayudado por vuestra caridad y vuestro celo, levantaré, con el tiempo, sobre este monte, un templo al Sagrado Corazón de Jesús, precisamente en una ciudad donde aún no tiene un monumento. Allí subirán los fieles..., tendrán facilidad para frecuentar los sacramentos; y a vosotros, señores, deberá Barcelona tan señalado beneficio, tal prueba de religiosa piedad».

Aquel acto encendió la esperanza en muchos corazones católicos de Barcelona.

A este propósito, doña Dorotea de Chopitea tuvo un gesto genial. Antes de terminar el mes de mayo dispuso que comenzaran los trabajos para la construcción de una capillita, de estilo gótico, en la misma cumbre de la montaña. El 3 de julio se bendecía. De esta forma la señora quería declarar ante toda la ciudadanía de Barcelona que aquel lugar tenía ya un dueño.

A partir de ahora comienza la historia de la transmisión de la propiedad a los salesianos. Basta con recordar los momentos más importantes.

Primer momento. Por motivos que desconocemos, la escritura de donación de los terrenos del Tibidabo a favor de los salesianos se firmó muy tarde, después de dos años del acto de entrega en la iglesia de la Mercè; es decir, el 18 de agosto de 1888.

Segundo momento. El proyecto de la Diputación de Barcelona de construir en la cima del Tibidabo un refugio montañoso juntamente con un observatorio meteorológico. El Gobierno Civil aceptó este proyecto y anunció la declaración de la cumbre como de *utilidad pública*, y, por tanto, sometida a la Ley de Expropiación Forzosa. Esto ocurría el 9 de octubre de 1890.

El señor Artós, al ver que era ya imposible la construcción de la iglesia prevista, exigió –en fuerza de una de las cláusulas del instrumento de la donación– la retrocesión de los terrenos.

Tercer momento. Como la confirmación de parte del rector mayor –don Miguel Rúa– no llegaba, todo el asunto quedó bloqueado por espacio de diez años, de 1890 a 1900.

Cuarto momento. El 20 de febrero de 1899, el doctor Salvador Andreu y Grau (1841–1928) y sus colaboradores habían constituido la Sociedad Anónima El Tibidabo, la cual pretendía adquirir toda aquella cumbre, urbanizarla y explotarla con fines turísticos.

Después de diversas gestiones, las partes implicadas llegaron a un acuerdo, concediendo a los salesianos los seis mil metros cuadrados que pedían para la iglesia a cuya construcción se obligaban seriamente.

Fue una «buena noticia» para los salesianos, quienes la consideraron como una *gracia* de la Virgen. «Durante la novena de María Auxiliadora –escribía uno de la comunidad al director del *Boletín salesiano*–, nos han sido concedidos en propiedad, por la Sociedad del Ferrocarril Tibidabo, seis mil metros cuadrados de terreno (...) al objeto de construir allí un magnífico templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús».

Ahora podemos comprender, por una parte, la angustia de aquellos salesianos durante el decenio 1890–1900, cuando, humanamente hablando, no se veía que pudiera cumplirse la profecía hecha por su querido padre y fundador, Don Bosco; y, por otra, la inmensa alegría que experimentaron cuando vislumbraron que...¡sí!, que la profecía podía ser aún una hermosa realidad. Gracias, esta vez, a la intuición religiosa y turística de los señores de la Compañía Tibidabo.

Por eso el nuevo padre provincial, el italiano Antonio Aime se decidió a organizar todo para colocar la primera piedra en diciembre de 1902. Y es que tenía motivos más que sobrados para hablar –según hemos dicho– de «*un nuovo miracolo del nostro padre Don Bosco*».

Conclusión

AHORA me preguntaráis: «¡Bueno! Después de toda la exposición histórica sobre *Don Bosco y el Tibidabo*, ¿a qué conclusión llegamos?» Dentro de la opacidad, la ambigüedad y las contradicciones en que se mueve con frecuencia la vida de los hombres, cabe subrayar al menos tres puntos.

En primer lugar, hemos comprobado que nuestro templo ha nacido de dos amores que albergaba el corazón de Don Bosco: amor al Sagrado Corazón de Jesús, y amor a los barceloneses.

En segundo lugar, hemos visto la fidelidad de la familia salesiana que luchó para que la *profecía* del Padre no se perdiera para siempre.

En tercer lugar, hemos podido constatar el modo que tenía Don Bosco de enfocar y practicar la devoción al Corazón de Jesús. El Corazón de Jesús de Don Bosco es el corazón del Buen Pastor, que deja en seguro las 99 ovejas, y marcha en busca de la perdida. Y así, en Roma, junto a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, debía haber unas escuelas para los niños de la barriada, y, un internado para los huérfanos. Y en el Tibidabo, a ser posible, no debía faltar un seminario para la formación de los futuros misioneros.

En la devoción que practicaba san Juan Bosco hacia el Corazón de Jesús se unen espíritu y obras, mística y misión, contemplación y acción, muerte y vida. «Yo soy el buen pastor. El pastor bueno se desprende de su vida por las ovejas (...). Tengo otras ovejas que no son de este recinto; también a éstas tengo que conducir las (...). Por eso me ama mi Padre, porque yo me desprendo de mi vida. Nadie me la quita, la doy yo voluntariamente» (Jn 10, 11–18). «Yo he venido para que vivan, y estén llenos de vida» (Jn 10, 10).

¿Queréis saber mi deseo? Comulgad diariamente.

«Dicen algunos que para comulgar es necesario ser santo. ¡No es cierto! ¡Esto es un error! La comunión es para quien quiere llegar a ser santo, no para los santos. Los remedios se dan a los enfermos, el alimento a los débiles».

«Un joven de confesión y comunión frecuente, impresiona mucho más a sus compañeros que cualquier sermón». (III, 163)

«Alejarse de la comunión es dar cabida a las insinuaciones del demonio». (VIII)

«Todos tienen necesidad de la comunión: los buenos, para mantenerse virtuosos; los malos, para enmendarse». (XII, 567).

San JUAN BOSCO: *Memorias biográficas*

Víctor Manuel II, el conde Cavour y Don Bosco

GERARDO MANRESA

La ley Ratazzi y el rey de Italia

ERA rey Víctor Manuel II y el Parlamento de Turín, que había sancionado muchas leyes anticatólicas, se disponía a votar una célebre ley preparada por Urbano Ratazzi, un declarado diputado anticlerical que, so pretexto de ayuda al pequeño clero, suprimía conventos, suprimía las órdenes religiosas y se apoderaba de sus bienes.

Una de las instituciones amenazadas era la abadía de Altacomba, ricamente dotada por los antiguos condes de Saboya, que en su carta de fundación fulminaba maldiciones contra aquel de sus descendientes que osara apoderarse de los bienes abaciales. Don Bosco habla de la injusticia que se está preparando y teme que las maldiciones caigan sobre la Casa Real.

Uno de los estudiantes se procura una copia de aquella carta de fundación y se la envía al rey, firmando la esquila con su propio nombre. El rey lee el extraño documento y logra saber que el firmante es un alumno de Don Bosco. Pero no piensa impedir la sanción del proyecto Ratazzi.

Y esa noche Don Bosco tiene un sueño. Le parece hallarse a la hora del recreo en el patio de casa Pinardi, sede de la residencia de muchachos, «biricchini», que el santo tiene en Valdocco, y ve entrar un paje de librea encarnada, como los de la Casa Real. Anuncia a Don Bosco una gran noticia. Dice que habrá ¡gran funeral en la Corte! Repitiendo este grito, sale y desaparece. Don Bosco pasa la mañana escribiendo, y cuando va al refectorio, habla con sus alumnos. Les dice que ha escrito tres cartas delicadas: una al Papa, otra al rey y otra al verdugo. Todos quieren saber qué ha escrito al rey, y él les refiere lo que ha soñado. ¡Gran funeral en la Corte!

Transcurren cinco días y vuelve el sueño. Nuevamente ve al paje de librea encarnada, que llega a caballo, como si tuviera prisa: anuncia ahora, no gran funeral en la Corte, sino ¡grandes funerales en la Corte!

Don Bosco se despierta lleno de angustia y escribe al rey Víctor Manuel otra carta. Pero el rey no piensa atajar un proyecto que dará al tesoro muchos millones. El 9 de enero de 1855 comienza la discusión de la ley, y con ella a cumplirse las maldiciones.

El 12 de enero muere la reina María Teresa, ma-

dre del rey. El 20 de enero la reina María Adelaida de Austria, su esposa. El 11 de febrero le toca el turno a Fernando de Saboya, duque de Génova, su hermano. Y el 17 de mayo, al hijo menor del rey, que lleva su nombre: Víctor Manuel. A cada muerte se suspenden las sesiones de la Cámara en señal de duelo, y con ellas la discusión de la ley Ratazzi.

Don Bosco, entretanto, prosigue su valiente campaña. Ha reimpresso las maldiciones de los condes de Saboya, y publica, en dos opúsculos de las «Lecturas Católicas», que él mismo edita, una obra de Nilisen con este título, que causa un vivo escándalo: *Cómo se roban los bienes de la Iglesia*.

En la tapa del librito hay esta sentencia terrible: *La familia que roba a Dios no llega a la cuarta generación*.

La discusión termina el 22 de mayo, y la ley aprobada por el Parlamento queda para la firma del rey.

Tercera carta de Don Bosco, en latín, y en el vigoroso estilo de los profetas: *Dicit Dominus: erunt mala super mala in domo tua* (Dice el Señor: caerán males sobre males en tu casa).

El rey, que no podía alejar del pensamiento las anteriores cartas de Don Bosco, lee esta tercera y queda inquieto. Se jacta de ser católico; todos los príncipes de su Casa de Saboya lo han sido. Y es, además, muy supersticioso. Para aquietar su conciencia, antes de promulgar la ley, convoca una comisión de teólogos.

¡Qué difícil es fallar contra los deseos de un rey! Los doctores en ciencias eclesiásticas se reúnen y resuelven que el rey puede, en conciencia, promulgar la ley.

Treinta y cinco órdenes religiosas están a punto de caer bajo sus sanciones y, despojados de sus derechos, 334 casas religiosas y 5406 personas.

¿Quién piensa en la cuarta generación cuando se pueden usurpar los millones del Señor? Víctor Manuel estaba en el vigor de una juventud entusiasta y sensual. Se le había pasado la irritación y tenía ganas de conocer a aquel audaz sacerdote, que no tenía pelos en la lengua ni en los picos de la pluma.

Monta a caballo, y en compañía del general conde de Angrogna, como quien da un paseo, llega hasta Valdocco y ve jugar a los «biricchini» en el patio de la casa Pinardi. Mas Don Bosco no está.

La cólera que se ha apagado en el ánimo del rey



Conde de Cavour



Víctor Manuel II

se enciende en el del cortesano que le acompaña, y que piensa obtener una retractación. Y, en efecto, el general vuelve a Valdocco días después y penetra a caballo en el patio del Oratorio, seguido de su asistente. Pregunta a los muchachos, «biricchini» donde está Don Bosco, a lo que éstos contestan alarmados, que en su aposento.

Echa pie a tierra y, como dueño de casa, penetra en el despacho de Don Bosco.

—«¿Es usted Don Bosco, el que se ha atrevido a escribir cartas al rey enseñándole a gobernar sus estados?».

—«Yo le he escrito, pero sin pretender tanto como eso», le contesta el santo.

—«Pues es usted un impostor, un fanático, un rebelde, que ha ultrajado la majestad del rey y debe darle una satisfacción».

—«¿De qué manera?»

—«Escribiéndole una carta... Siéntese y escriba lo que voy a dictarle...», le dice el general conde.

Don Bosco humildemente se sienta y toma la pluma, y el irritado general le dicta la retractación.

—«No, señor conde, yo no escribo esto». El general impetuosamente, echa mano de la empuñadura de su espada.

—«¿Quién dice que no va a escribir lo que yo le mande?».

—«¡Yo no voy a escribir eso! Y aunque usted está armado y yo no tengo armas, ni sabría usarlas si las tuviera. No le temo, señor general...».

—«¿Qué no me teme?» —ruge el conde de Angrogna, más irritado por aquella tranquilidad que por un verdadero insulto.

—«No, porque sé con quién trato. Usted es un ca-

ballero, un soldado valeroso, que se sentiría deshonrado si atropellara a un pobre sacerdote desarmado como yo. Y tan seguro estoy, que si hubiera sabido que iba a venir a visitarme, le habría evitado esta molestia yendo yo mismo a su palacio. Allí, con tranquilidad, habríamos hallado una fórmula para dar satisfacción al rey, salvando mi conciencia. Y, usted, mi general, en vez de insultarme habría mandado traer una de sus mejores botellas y yo habría bebido a su salud».

El conde de Angrogna no sabe qué responder. ¿Se burlan acaso de él? No parece. La cara de Don Bosco respira franqueza y lealtad. Le ofrece ir a su palacio el día siguiente para hablar de esta retractación.

Al día siguiente Don Bosco se presenta en el palacio y en buena armonía, pesando las palabras, queda pronto escrita una carta que satisface a los dos y desagraviará seguramente el rey.

Una criada se presenta con una botella y una bandeja de bizcochos.

El general ofrece uno al huésped, y éste, sonriendo, le pregunta si puede comerlo, sin que tenga sustancia... heterogénea. De Angrogna se ríe cordialmente y se come la mitad del bizcocho, regándolo con un trago. Don Bosco lo imita. La paz está sellada.

De un furioso adversario ha hecho un cordial amigo. En cuanto al rey, no se acuerda ya de las profecías de Don Bosco. Su pequeño reino entra en las filas de las grandes naciones, impulsado impetuosamente por Cavour, el gran ministro.

Se acaba de aliar con Francia e Inglaterra. Va a asistir a los congresos donde se elabora la guerra y la paz del mundo. Va a participar de la guerra de Crimea, del lado de los vencedores. Va a preparar

el desquite de Novara y la unidad de la península.
¿Quién piensa en la cuarta generación?

* * *

A Víctor Manuel II, fallecido en 1878, le sucedió su hijo Humberto I, que murió en 1900. La tercera generación, Víctor Manuel II, reinó hasta 1946 y Humberto II, el mismo año 1946, destronado, tuvo que abandonar Italia, donde se instauró la República. Era la cuarta generación.

La excomunión de Cavour y su muerte

ERA el día 28 de enero de 1855, víspera de la fiesta de san Francisco de Sales, patrón del reino de Saboya. En la puerta del Oratorio del mismo nombre aparece Martín Tosco, mayordomo del conde Cavour para invitar a Don Bosco a comer al día siguiente en casa del presidente de Gobierno, para celebrar la fiesta de san Francisco de Sales. Cavour, como todo buen liberal, en su vida privada, se consideraba un buen católico, pero en la cuestión política iba por otro camino y por ello la relación con Don Bosco en lo privado era correcta. Además en estas fechas, el país estaba de luto, pues apenas tres semanas antes habían fallecido la reina madre María Teresa y la reina consorte María Adelaida, esposa del rey, cumpliéndose parte del sueño de Don Bosco. El mayordomo le indicó que la comida sería íntima y que en ella sólo estarían el conde Cavour y el señor cura de Santa María de los Ángeles, fray Santiago, amigo personal de Cavour, y algunos de sus amigos ministros, Ratazzi, Castelli y Salmur. Don Bosco en el primer momento le agradeció la invitación pero, siendo también la fiesta de su Oratorio le dijo que debía quedarse con sus «biricchini» para celebrar la gran fiesta de su patrón y que iría aunque sólo fuera a tomar café.

Al cabo de un rato volvió el mayordomo insistiendo en la asistencia de Don Bosco, pues la fiesta de san Francisco de Sales en la familia Cavour era muy importante, ya que eran descendientes directos del santo. Además añadió que sus «biricchini» no serían olvidados; Cavour como buen liberal, en su vida privada era un entusiasta de la labor de Don Bosco y le ayudaba de cuando en cuando con buenos donativos, pero siempre dados de forma privada.

Don Bosco se dirigió al día siguiente a la comida en el palacio del conde Cavour, pensando en lo que el jefe de gobierno le iba a plantear, pues es el político más hábil de su época, a pesar de su joven edad. Cavour es, en este momento, un hombre de cuarenta y cinco años corpulento y jovial,

con ojillos maliciosos tras unas gafas de miopía y labios desdeñosos y sensuales, que dan idea de un egoísta epicúreo. A pesar de estar en su momento de mayor fortuna política, no es feliz, pues, tras las inesperadas muertes de la reina madre y de la reina consorte, piensa que tiene que morir y es católico por tradición familiar y un poco también por ideas. Conoce el catecismo y sabe que está excomulgado y no puede recibir los sacramentos si no se retracta en forma total. Este pensamiento le envenena, porque no está dispuesto a retractarse y, sin embargo, querría morir cristianamente. Ha vivido la muerte de su amigo Pedro de Santa Rosa, ministro del Gabinete de Máximo d'Azeglio, que fue excomulgado por apoyar la ley Siccardi, una ley contra las inmunidades del clero que Pío IX castigó con la excomunión del Gobierno, y murió sin sacramentos por no querer deshonrarse ante sus amigos.

Cavour está viendo que su caso es peor, pues además de apoyar la ley Siccardi, como ministro, por lo que ya está excomulgado, está apoyando la ley Ratazzi, que en este momento discuten las Cámaras y está previendo una segunda excomunión del Papa. Si no tuviera que morir no tendría ningún problema, pero está con miedo.

De ello querría hablar con Don Bosco y con su amigo fray Santiago, sacerdote muy afín al conde, para poder ver su postura ante el problema. El ministro quiere hacer también los honores a Don Bosco, a quien teme, pues necesita codearse con gente santa para tranquilizar al rey.

Aprovechando que Don Bosco le da las gracias por la limosna que encuentra debajo de su plato para sus «biricchini» y que le desea que Dios le inscriba entre sus escogidos, Cavour aprovecha para preguntarle lo que más le preocupa.

Le pregunta sobre su salvación, si él puede salvarse. Don Bosco le contesta afirmativamente, pero necesita la gracia de Dios y le añade que las limosnas libran de la muerte eterna, según se dice en el libro de Tobías de la Sagrada Escritura. Le confirma que es un hombre caritativo, que da muchas limosnas y que el Señor le dará los medios para salvarse..., si quiere. Cavour le insiste sobre cuáles son estos medios.

— «Los sacramentos, una buena confesión, una buena comunión; la santa unción,...», le contesta Don Bosco. — «Muy bien señor Don Bosco. Yo desde ahora afirmo que deseo recibir los sacramentos. ¿Usted me los daría si se los pidiera?»

— «Es un gran honor, pero esto corresponde al cura de la parroquia que tiene Ud. aquí, fray Santiago».

Cavour le fue apretando diciéndole que le agradecería que siendo él descendiente de la familia de san Francisco de Sales, fuera el director del Oratorio del mismo nombre quien le diera los últimos sacramentos. Don Bosco le va siguiendo la corriente

y le dice que estaría muy contento de poder darle la absolución en su momento, y «que Dios quiera que sea muy tarde». Pero viendo que va esquivando la pregunta, Cavour va más al grano y le recuerda a su amigo Pedro de Santa Rosa que murió sin sacramentos por no querer retractarse.

Viendo la intención de Cavour, Don Bosco entra en el tema y le pregunta para qué quiere él la absolución.

—«Para recibir los sacramentos», le contesta Cavour.

—«¿Y para que quiere recibir los sacramentos?», insiste Don Bosco.

—«Para morir como católico».

—«Y eso, ¿para qué servirá? ¿Para no ir al Infierno? ¿Para ir al Cielo? ¿Para ver a Dios?», le dice Don Bosco para acuciarle más.

Cavour, que para esta conversación ha hecho un aparte en la comida, deja a Don Bosco comer tranquilo aplazando el final del tema tras los postres y fuera de la mesa.

Finalizada la comida el ministro Cavour vuelve a la carga. Le vuelve a recordar a su amigo Pedro de Santa Rosa y su catolicismo y le pregunta si dejaría morir sin sacramentos a un pariente de san Francisco de Sales.

Don Bosco entra directamente en el tema:

—«Usted ha olvidado el catecismo. Los sacramentos que yo le diera sin que vucencia se retractara, no le servirían para salvarse, sino para condenarnos a los dos. Si vucencia tiene una entrada para el teatro, podrá entrar, porque no le preguntarán cómo la ha adquirido, si se la dieron o la robó. La absolución es la entrada a la gloria; pero no es eficaz si no se obtiene como manda la Iglesia. Si la Iglesia dice que ha de haber retractación y vucencia no quiere retractarse, aunque con mi complicidad la obtuviera, nada le valdría. El mundo quedaría satisfecho con las apariencias, pero Dios no y vucencia se iría a la eternidad cargado de un sacrilegio».

—«Piense con calma, Don Bosco, y respóndame después si me daría los sacramentos sin exigirme una cosa contraria a mi honor, como sería una retractación».

—«No, no se los daría. Ni yo ni nadie se los podría dar; y, en esas condiciones, confío en que vucencia no me los pedirá».

—«No, no se los pediré, pero habrán otros menos intransigentes que usted...»

Don Bosco no dijo ni sí ni no, y por la mirada a fray Santiago previó que le haría la misma petición. ¿Cómo cogería el cura de Santa María de los Ángeles esta propuesta?

Esto ocurrió en enero de 1855. Meses después Pío IX fulminaba con la excomunió mayor contra el Gobierno del Piamonte por la Ley Ratazzi, que desamortizaba los bienes de la Iglesia y expulsaba a las órdenes religiosas de sus posesiones y derechos.

Don Bosco no volvió a almorzar en casa de Cavour y aquella noche exhortó a sus «*biricchini*» a que rezaran por la conversión de un católico que quería morir impenitente.

* * *

Seis años después, el día 29 de mayo de 1861, después de la cena, Cavour sufre un ataque de apoplejía. Tras unos días de una cierta mejoría, el 4 de junio se agrava considerablemente y manda su mayordomo a buscar a fray Santiago al que ha hecho prometer que no le exigirá nada.

Fray Santiago no se hace esperar y el día 5 de junio llega hasta el lecho del moribundo y tras un cuarto de hora o treinta minutos sale. En la antecámara están altas personalidades, incluso el rey. A las cinco de la tarde un largo cortejo de monaguillos con candelas encendidas salía de la iglesia de Santa María de los Ángeles llevando el viático hacia el palacio de Cavour. Éste comulga delante de los que habían podido acercarse a su lecho y la ciudad desborda delante de la noticia de dicho acto. A la mañana siguiente fray Santiago reaparece con la extremaunción y unge al noble señor, ya sin sentido. A las seis de la mañana entrega su alma al juicio de Dios.

Todos hablan de la muerte cristiana de Cavour y los diarios comentan el suceso, pero su hermano Gustavo se cree obligado a escribir una carta, el día 20 de junio, que se publica en el diario *Las Nacionalidades* afirmando que su hermano no se ha retractado, porque no se le ha exigido dicha retractación. Días antes, el 13 de junio, el párroco titular de Santa María de los Ángeles, escribe una carta a la *Civiltà Cattolica* en la que confiesa que fray Santiago era uno de los revolucionarios protegidos por Cavour.

Aunque a Dios no consiguió engañarle, sí lo hizo al pueblo de Turín. Fray Santiago, cura adscrito a la parroquia de Santa María de los Ángeles de Turín fue suspendido por el arzobispo del ejercicio de su ministerio por haber prestado su sagrada investidura a aquel sacrilegio, pero el rey Víctor Manuel II, resentido con Don Bosco por las muertes ocurridas en su familia, lo recompensó generosamente nombrándole caballero de las órdenes de los Santos Mauricio y Lázaro y con una pensión que suplió lo que había perdido.

El acontecimiento cristiano en la vida de los laicos (II)*

Conferencia del Prof. Dr. Guzmán Carriquiry, secretario a cargo de la vicepresidencia de la Pontificia Comisión para América Latina con motivo del número 1000 de CRISTIANDAD

Un examen de conciencia

Es bien conocido que Juan Pablo II, en la gracia de la conversión del Jubileo del año 2000, invitó a toda la Iglesia a un serio «examen de conciencia», que comprendía, según la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, «la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio» (núm. 36)¹. En la vigilia del Jubileo, con ocasión de la XVIII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos (1 de marzo de 1999), el Santo Padre especificó el examen de conciencia al proponer a cada uno de los fieles laicos las «preguntas fundamentales»: «¿Qué he hecho de mi bautismo? ¿Cómo estoy respondiendo a mi vocación? ¿Qué he hecho de mi confirmación? ¿He dejado que fructifiquen los dones y carismas del Espíritu? ¿Es Cristo el «tú» presente en mi vida? Mi adhesión a la Iglesia, misterio de comunión misionera, tal y como su fundador la quiso y como se va realizando mediante su Tradición viva, ¿es verdaderamente plena y profunda? En mis opciones, ¿soy fiel a la verdad que propone el Magisterio eclesial? Mi vida conyugal, familiar y profesional, ¿está impregnada de la enseñanza de Cristo? Mi compromiso social y político, ¿arraiga en los principios evangélicos y en la doctrina social de la Iglesia? ¿Cuál es mi aportación a la construcción de formas de vida más dignas del hombre y a la inculturación del Evangelio ante los grandes cambios actualmente en curso?»²

¿Cómo no hemos de advertir el carácter extremadamente abstracto y genérico de la referencia al «laicado católico»? Se trata de más del 95 % del Pueblo de Dios, de innumerables personas bautizadas que viven los más diferentes grados de pertenencia y adhesión, de participación y corresponsabilidad, en la vida de la Iglesia. Esto sin

tener presente que sólo un porcentaje aproximado del 15 % de bautizados participa regularmente como «mínimo» en el cumplimiento del precepto dominical. Además, numerosas encuestas realizadas en estos últimos años, es decir, algunos decenios después de la clausura de las sesiones del Concilio Vaticano II y de su actuación en la vida de la Iglesia, evidencian que entre los fieles que pertenecen a ese 15 % hay un porcentaje relevante que demuestra una escasa o confusa adhesión a las verdades fundamentales del «Credo» o que rechaza y se opone explícitamente a las enseñanzas doctrinales y morales del Magisterio eclesial.

También se ha verificado la paradoja de que, mientras algunos sectores significativos del «laicado» han crecido en la conciencia de la propia vocación y dignidad bautismal, en el sentido de pertenencia y corresponsabilidad a la Iglesia y en la participación de su misión, hay vastos fenómenos de desafección, de contestación y alejamiento indiferente de parte de tantos bautizados que han enterrado el don recibido en el olvido o en el rechazo en medio de fuertes tendencias de descristianización. Mucho se ha ido empobreciendo el precioso patrimonio de la piedad popular católica: si se conserva una arraigada costumbre de las devociones, a menudo está desligada de la conciencia de una vida verdaderamente cristiana. Se asiste a una erosión de la confesión cristiana de tanta gente como efecto de la potente asimilación mundana, hasta el punto de reducirse a una etiqueta convencional, a fragmentos y episodios de la propia existencia que, al final, resultan superfluos.

El patrimonio de la fe ya no se transmite pacíficamente de generación en generación. Es más, su transmisión es hoy una tarea ardua y difícil. Los grandes medios de comunicación social difunden y transmiten modelos culturales cada vez más lejanos e incluso hostiles a la tradición cristiana. Convertirse a la fe cristiana, vivir como cristiano, a menudo significa ir «contracorriente», ser un signo de contradicción. La cuestión crucial de hoy es, por lo tanto, el modo como el que el don de la fe es transmitido, acogido y vivido por los bautizados, en modo particular por los fieles laicos.

* Segunda parte de la conferencia. La tercera y última parte se publicará en el próximo número.

1. Juan Pablo II, *Tertio Millenio Adveniente*, 36

2. Juan Pablo II, mensaje al Congreso mundial del laicado católico en el Gran Jubileo, 21.11.2000, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», 2, 2000, pág. 926.

Un encuentro personal con Cristo

Lo que está en juego es algo originario, profundo y crucial: es la naturaleza misma y la significación del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. Es redescubrir la dignidad y la belleza, la razonabilidad, alegría y responsabilidad de ser cristiano, en un mundo que tiende a ser «post-cristiano».

Desde que el papa Francisco apareció en el balcón central de la basílica de San Pedro ha habido un suceder sorprendente de gestos y palabras que encienden continuamente la atención y que la conducen a concentrarse en la invitación a un encuentro personal con Jesucristo. «Invito a cada cristiano –escribe con fuerza y urgencia–, y en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»³. Por eso, el papa Francisco asegura que no se cansará de repetir «aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”».⁴

El Papa quiere concentrar efectivamente la vida de la Iglesia, de los cristianos, en lo esencial de la Buena Nueva: la fe cristiana no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de normas morales, menos aún un espiritualismo de «bellas almas». Es un hecho, históricamente acaecido, el Verbo de Dios hecho carne, según el designio misericordioso del Padre, muerto en Cruz por nuestros pecados y resucitado por la potencia de Dios, que viene a nuestro encuentro, por gracia del Espíritu Santo, llamándonos a su seguimiento, a la comunión con Él en su pueblo y cuerpo, que es la Iglesia, hasta poder llegar a experimentar milagrosamente que «no soy quien vivo, sino Cristo que vive en mí» (Gal 2, 20). ¡Es Cristo reconocido como el Señor y Salvador! ¡Es el Reino de Dios presente y operante en la historia! Es esta centralidad esencial del Evangelio «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y a la vez lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante», nos dice el papa Francisco⁵. Ésta es la respuesta satisfactoria a la pregunta

que inquieta los corazones: ¿cómo llegar a vivir una vida verdadera y feliz?

Para que arraigue a fondo esta invitación a la conversión, el papa Francisco no cesa de buscar todos los medios, guiado por el Espíritu de Dios, por su experiencia pastoral y por su temperamento personal, para llegar al corazón de las personas que tiene delante. Palabras, gestos, silencios, repeticiones, oraciones... Sabe que la atracción sorprendente que ha suscitado su persona, incluso más allá de los confines eclesiales y entre muchos que habían pensado haber cerrado sus cuentas con la fe y la Iglesia, es fenómeno complejo no encasillable según análisis sociológicos o psicoculturales. Hay en ello dosis difusas de impactos mediáticos y simpatía natural, para muchos se agrietan muros de rechazos y prejuicios muy alzados, para otros muchos implica un replantearse personal de preguntas y expectativas en su corazón, para tantos lleva a un reflorecer de la fe o a su revitalización... Es tiempo providencial para la siembra del Evangelio.

(...) El Santo Padre no se cansa de plantear – y de plantearse – la pregunta decisiva, que incluso plantea a los obispos italianos reunidos en asamblea plenaria: «¿Quién es Jesús para mi vida? ¿Cómo ha marcado la verdad de mi historia?»⁶

¿Qué es la conversión a la que estamos todos llamados, sino «el don de reconocerse pecador» y de confiarse mendicante a la gracia de Dios misericordioso, para tener a Cristo presente en la trama de nuestra vida, iluminándola, cambiándola no obstante nuestras distracciones, resistencias y caídas, haciéndola crecer en humanidad, en amor y verdad, en felicidad y esperanza? El Papa nos invita a liberarnos, por gracia de Dios, de nuestros ídolos para readquirir la libertad de los hijos de Dios.

Esa es la cuestión prioritaria: rehacer la fe de los cristianos. Todos estamos llamados a vivir la fe como nuevo inicio, como esa novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad, que reenvía al acontecimiento que la hace posible y fecunda. Sólo en el estupor de ese encuentro con Cristo, cuya presencia se trasluce en el testimonio de sus apóstoles y discípulos, sobreabundante a todas nuestras expectativas pero percibido y vivido como plena respuesta a los anhelos de verdad y felicidad del «corazón» de la persona, el cristianismo no queda reducido a una lógica abstracta sino que se hace «carne» en la propia existencia.

3. Francisco, *Evangelii gaudium*, 3.

4. Benedicto XVI, *Deus charitas est*, 1; Francisco, *Evangelii gaudium*, 7.

5. Francisco, *Evangelii gaudium*, 34.

6. Francisco, alocución al Episcopado italiano, 27.II.2014.

Vocación a la santidad

TODO se juega, pues, en aquel «Ven y sígueme» que, a través de las diversas circunstancias de la vida por las que la Providencia quiere atraer nuestro corazón, Cristo continúa proponiéndonos cara a cara. Eso es lo que llamamos vocación a la santidad, en el encuentro, seguimiento e identificación con el Santo por excelencia. Todo lo demás «se da por añadidura». Lo que importa es esa centralidad, para no convertir en centro, infecundo, las «añadidas».

Quizá porque en la primera fase del post-concilio las energías desencadenadas, liberadas de camisas demasiado estrechas, terminaron centrándose en debates de interpretación del Concilio, en polémicas eclesiológicas, en experimentos de reformas de estructuras o de creaciones de otras nuevas en la Iglesia, en tareas de continua planificación y programación, con riesgos de burocratización por multiplicación y confianza excesivas en comités, consejos, secretariados, lista densa de sesiones... Cosas importantes estaban en juego en todo ello, sin duda. Pero quizá, también, estas energías no estuvieron suficientemente arraigadas, sostenidas, alimentadas en la fuente de donde procede verdaderamente la *dynamis* de la auténtica renovación de la Iglesia. De nada valen programas y estructuras si la sal se vuelve insípida. Son sólo instrumentos al servicio de algo mucho más grande y profundo. «La Iglesia tiene hoy necesidad – repite Juan Pablo II – no tanto de reformadores cuanto de santos». Porque los santos son los más auténticos «reformadores» y evangelizadores.

Y no se trata, por cierto, de una santidad reservada a algunas almas heroicas, a una aristocracia espiritual. No es un llamamiento sólo para quienes asumen los compromisos de la vida consagrada, sino que es don y responsabilidad para todos los bautizados, para todos los fieles, en sus diversos estados de vida. El papa Juan Pablo II lo decía precisamente a los laicos españoles en Toledo: «Estáis todos llamados a la santidad. Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la Reforma católica y el Concilio de Trento, reflorezcan ahora, en tiempos de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los laicos»⁷. Y en la jornada conmemorativa del vigésimo aniversario del decreto conciliar para el «Apostolado de los laicos», afirmaba: «La Iglesia tiene necesidad hoy de grandes corrientes, movi-

mientos y testimonios de santidad entre los *christifideles*, porque es de la santidad de donde nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y de la escuela cristiana, toda fecunda reactualización vital de la fe cristiana al encuentro de las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana...»⁸.

Repensar la formación cristiana de los laicos

LA cuestión de la formación cristiana acompañada como preocupación prioritaria todo el camino de la «promoción del laicado» en tiempos del post-concilio. Por una parte, ha crecido el nivel de escolaridad e instrucción de los bautizados y ya no basta «la fe del carbonero». Por otra parte, los potentes medios de comunicación transmiten en tiempo real y fragmentario innumerables imágenes, informaciones, ideas y modelos, que marcan la conciencia de las personas, incluso de los cristianos, e incrementan la dificultad de darse juicios y referencias para una formación unitaria y sistemática en la fe católica. Para peor, por lo general la instrucción escolar y la formación cristiana corren por cuerdas separadas. ¿Es exagerado decir que estamos viviendo en la Iglesia situaciones muy frecuentes de crisis de una auténtica educación católica, de mayores dificultades en la formación de personalidades católicas sólidas y maduras en la fe? El cardenal Ratzinger señalaba la desproporción entre las ingentes inversiones en catequesis y sus efectivos resultados. ¿Y qué decir de muchas de nuestras instituciones católicas de enseñanza? Existe, sin duda, una «emergencia educativa» en la sociedad y también en la Iglesia.

Hoy resulta fundamental repensar a fondo la formación cristiana de los fieles, sea la de la iniciación o reiniciación cristiana, sea la de formación de personalidades cristianas maduras. Se trata de proponer contenidos, métodos y compañías que sean adecuados a una plena conciencia cristiana, a una fiel adhesión a la Palabra de Dios en la comunión de la Iglesia, al crecimiento en la novedad de vida de los discípulos, testigos y misioneros del Señor. Esta formación ha de ser alimentada por todo el tesoro de gracia y santidad, de verdad y caridad, de la tradición católica, comunicada por medio de la sacramentalidad y del magisterio de la Iglesia, y también gracias a la diversidad de sus carismas.

7. Juan Pablo II, alocución a los laicos en Toledo, España, 4-11-1982, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. V, 1982, pág. 1128.

8. Juan Pablo II alocución para la conmemoración del vigésimo aniversario del decreto *Apostolicam actuositatem*, 18-11-1985, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. VIII/2, 1985, pág. 1300.

La formación cristiana no es una mera información sino la con-formación a Cristo. Ello exige e implica ir siempre superando el divorcio entre la fe y la vida, que el Concilio Vaticano II denunciaba «entre los más graves errores de nuestro tiempo»⁹. La Exhortación apostólica *Christifideles laici* habla de «vidas paralelas»¹⁰. Al contrario, nada puede quedar ajeno en la conversión de vida al Señor, una y otra vez. Si es verdadero, el encuentro con el Señor va cambiando la vida de la persona, marcando con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades, el trabajo, las diversiones, el uso del tiempo libre y del dinero. Esto es mucho más fruto de la gracia que del esfuerzo moral, siempre frágil, de la persona. (...)

Un juicio cristiano sobre toda la realidad

ESTA novedad de vida, que configura toda la existencia, tiene que convertirse en una nueva sensibilidad, en una nueva modalidad de mirar, enfrentar y discernir toda la realidad. La fe es el método de conocimiento de la realidad, y no un mero sentimiento religioso en el que el creer y el saber permanecen separados y están a veces contrapuestos.

De hecho, si Dios existe y es el «Logos», tal es la racionalidad última de toda la realidad. Si Dios se ha revelado en Jesucristo, entonces ¿cómo no hemos de considerar el acontecimiento de la encarnación de Dios como el hecho fundamental de la historia humana, la clave de la inteligencia de toda la realidad. «Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano», afirmó Su Santidad Benedicto XVI en Aparecida¹¹.

9. *Gaudium et spes*, n. 43.

10. *Christifideles laici*, n. 59.

11. Benedicto XVI, Alocución inaugural de la V

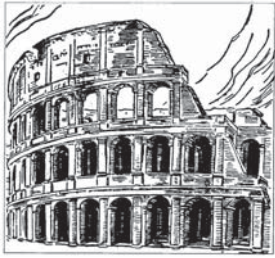
Esta verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un raciocinio filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que dijo de sí: ¡«Yo soy la verdad», «Yo soy la verdad del cosmos y de la historia, «Yo soy la llave más radical y total de la realidad, «Yo soy el significado y el destino de la existencia humana, «Yo soy el sentido de tu vida! No hay alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. (...)

Nuestra certeza, como católicos, es que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción auténticamente humana y, por ello, también de la Iglesia católica. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible, como juicio nuevo y original, para la propia vida y para toda la realidad. Cuando esa pertenencia resulta frágil en la conciencia y en la vida y no se da ese juicio original (la fuerza purificadora de la fe respecto a la razón), entonces se acaba por ser subordinado a las instancias dictadas cada vez por el poder y los intereses dominantes. La inteligencia de la fe tiene que iluminar radicalmente la inteligencia de la realidad. Benedicto XVI, de hecho, nos exhorta a una revalorización de la razón, no encerrada y diluida en sus límites utilitarios, sino extendida en todas sus posibles dimensiones, hasta el encuentro con la fe que la sostiene, fortalece y eleva. «La fe todo lo ilumina con nueva luz –afirma el Concilio Vaticano II– y [...] orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas»¹²¹³. Por eso, todo lo asumimos y examinamos – la vida familiar, laboral, profesional, política, cultural..., como lo hace la revista «Cristiandad» – a la luz de la fe de la Iglesia.

Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 13-V-2007, en *Insegnamenti di Benedetto XVI*, 1, 2007, pág. 85

12. *Gaudium et spes*, 11.





IGLESIA PERSEGUIDA

La Iglesia norcoreana

ARIADNA BLANCO

Ayuda a la Iglesia Necesitada

ESTÁN infiltrando a espías en las delegaciones internacionales que entran en el país para difundir sus creencias religiosas y supersticiosas, que son un veneno que corrompe el comunismo y paraliza la conciencia de clase». Con estas palabras advertía, no hace mucho, el régimen comunista de Pyongyang a su ejército.¹

Oficialmente ateo, el estado de Corea del Norte se opone con fuerza a toda actividad religiosa realizada por cualquier grupo. Esta represión religiosa es una característica permanente de la política gubernamental desde la división de la península en el año 1953. Los más de trescientos mil cristianos norcoreanos acabaron desapareciendo sin dejar huella. De los sacerdotes y religiosas que por aquel entonces vivían en Corea del Norte no se sabe nada por lo que se asume que fueron perseguidos hasta la muerte. Todos los misioneros extranjeros fueron expulsados. Las tres jurisdicciones eclesiásticas también fueron aniquiladas. El Santo Padre ha mantenido el clero asignando las *sedi vacanti et ad nutum Sanctae Sedis*, es decir sedes vacantes administradas por obispos externos nombrados por Roma, para dar fe de la terrible persecución que padecen.

En el anuario pontificio todavía figura monseñor Francis Hong Yong-Ho² como obispo de Pyongyang. Pese a estar desaparecido desde 1962, nunca fue declarado oficialmente muerto. El destino de los obispos es un fiel reflejo de lo ocurrido con toda la Iglesia norcoreana.

Este país-gulag, cerrado a cal y canto a las miradas ajenas, en la actualidad cuenta con 24 millones de habitantes y se estima que al menos, 8,7 millones necesitan ayuda alimentaria. Este drama humanitario, en el que cientos de miles de personas agonizan en campos de trabajo bajo la represión más brutal parece no tener eco en nuestras conciencias o como diría un coreano «la ignorancia es medicina y el conocimiento es una enfermedad»: mejor no saber. Para el régimen de esta «poderosa y próspera nación»³ y para su «Brillante Líder»

Kim Jung-Un, si hay algo peor que un americano, es un coreano cristiano.

En efecto, la única religión permitida es el culto a la personalidad del «Padre de la Patria» y «Gran Líder» Kim Il-Sung y del «Querido Líder» Kim Jong-Il, abuelo y padre del actual dictador Kim Jong-Un. Todos ellos son glorificados como semi-dioses en la literatura, música, teatro y cine norcoreanos. Son reverenciados e idolatrados en actos públicos y es obligatorio que en todos los hogares, oficinas y edificios haya cuadros del «Gran Líder» y del «Querido Líder».

Cualquiera sobre el que caiga la sospecha de ser creyente es objeto de violencia y de una brutal represión, no sólo él, sino también su familia. Ser cristiano es condenarse como «espía del enemigo, traidor de la patria, veneno que corrompe el comunismo y paraliza la conciencia de clase» por poner sólo algún ejemplo típico de la retórica comunista.

Un aspecto clave del control de la sociedad es el sistema de clasificación social, que te marca de por vida, llamado *Songbun*. Este sistema divide la población en 51 categorías de clase agrupadas en tres grandes castas: bases, vacilantes y hostiles. La clase a la que uno pertenece está determinada por su nacimiento teniendo en cuenta los antecedentes políticos de la familia y afecta a todos los aspectos de la vida: acceso a la educación, atención sanitaria, racionamiento de alimentos y oportunidades laborales, tanto los cristianos como creyentes de otras religiones pertenecen a las clases hostiles y por lo tanto están sujetos a fuertes castigos y a persecución.⁴ En Corea del Norte, según testimonios de personas que han podido huir del país, «Si te descubren con una biblia, no hay manera de escapar de la muerte».⁵

de Corea, cuya historia está plagada de luchas internas y purgas sangrientas entre facciones prosoviéticas y pro-chinas.

4. ILR 2014 Ayuda a la Iglesia Necesitada. Marked for Life: Songbun. North Korea's Social Classification System, pag.78 http://www.hrnk.org/uploads/pdfs/HRNK_Songbun_Web.pdf

5. A Prison Without Bars: Refugee and Defector Testimonies of Severe Violations of Freedom of Religion or Belief in North Korea.

1. Informe sobre libertad religiosa 2008, pág. 391.

2. Anuario Pontificio *Variationi*, Año 2013, 11.

3. Lema patriótico del régimen del Partido de los Trabajadores de Corea que deriva del Partido Comunista

En este brutal régimen los campos de prisioneros o «*kwan-li-so*», también conocidos como gulags, juegan un diabólico papel. Se calcula que unos doscientos mil presos malviven en un infierno de condiciones extremas, sometidos a graves torturas, privados de alimentación adecuada, sujetos a un duro sistema de trabajos forzados, asesinatos, violaciones, abortos forzados, infanticidio de recién nacidos, experimentos médicos y ejecuciones secretas. En los campos las personas arrestadas por motivos religiosos son identificadas para que reciban peor trato. A las familias de los detenidos se les aplica la culpabilidad por asociación, por lo que pueden condenar hasta tres generaciones.⁶

El gobierno ha creado un órgano de control denominado Asociación Católica Norcoreana (inspirado en la Asociación Patriótica Católica China) que se proclama como la interlocutora oficial con los católicos nativos y declara la existencia de tres mil católicos, lo que no es más que una fachada de cara a la galería, igual que la iglesia católica de Jangchung situada en la capital y que muestran con orgullo a los visitantes extranjeros. Esta iglesia no dispone de sacerdote y por lo tanto no se celebran sacramentos. Fuentes consultadas por Ayuda a la Iglesia Necesitada hablan de que podría estimarse entre doscientos y setecientos el número real de católicos actuales, la mayor parte de ellos muy ancianos. Sin embargo el sacerdote católico Lee estima en diez mil las personas que conservarían «el recuerdo de su fe católica en el corazón». Aclara que «una Iglesia clandestina organizada es algo que parece difícil de imaginar, si bien hay rumores de la existencia de una Iglesia clandestina en la frontera con China».⁷

6. The Hidden Gulag. The Lives and Voices of «Those Who are Sent to the Mountains» de David Hawk. ILR 2014 Ayuda a la Iglesia Necesitada.

7. Entrevista realizada por Ayuda a la Iglesia Necesitada al padre Lee Eun-hyung, secretario general de la

El padre Lee, secretario general del «Comité para la reconciliación del pueblo coreano» con sede en Seúl, ha sido de los pocos sacerdotes católicos que ha podido entrar en Corea del Norte con el objetivo de prestar ayuda humanitaria. En las tres visitas que realizó a Pyongyang, pudo celebrar la Santa Misa en la iglesia de Jangchung, si bien las autoridades le prohibieron estrictamente tomar contacto con los ciudadanos del país.

El padre Gerard Hammond, misionero de Maryknoll, con más de cincuenta viajes al país y treinta años de experiencia, explicaba a Asianews⁸ que el régimen de Kim Jong-Un ha concedido a una organización humanitaria –que también incluye varios sacerdotes católicos– permiso para manejar doce sanatorios donde se trata la tuberculosis. El padre Hammond, dijo: «El gobierno tiene más conciencia del problema y está haciendo algunas concesiones importantes. Por nuestra parte, no escondemos la identidad católica». Podría ser esto una esperanza de paz a través de la caridad. En este sentido, la Conferencia Episcopal de Corea del Sur ha impulsado importantes iniciativas para apoyar la paz y la reconciliación con Corea del Norte.

El Santo Padre Benedicto XVI, mencionaba en numerosas ocasiones a nuestros «hermanos norcoreanos» e invitaba al mundo a rezar por ellos. Igualmente se expresaba el Santo Padre Francisco, en el viaje que realizó a Corea del Sur el mes de agosto de 2014. El 25 de junio, fecha en la que se recuerda la guerra de Corea, la Iglesia reza por la reconciliación y la unidad.

«Comisión Episcopal para la reconciliación del pueblo coreano» por Anselm Blumberg el 4/06/2013

8. <http://www.asianews.it/noticias-es/Corea-del-Norte,-nuevos-sanatorios-contrala-tuberculosis-por-la-Fundación-Eugene-Bell-29487.html>



Ayuda a la Iglesia Necesitada
Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaalaiglesianecesitada.org

Teléfono: 91 725 92 12

Banco Santander: ES7400492674592814342966

Importante especificar concepto: CAMPAÑA IRAK

Cualquier aportación, por pequeña que sea,
es muy necesaria.



Vuestra soy, para Vos nací

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ



Santa Teresa (fray Juan de la Miseria)

Vuestra soy, para Vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad,
eterna sabiduría,
bondad buena al alma mía;
Dios alteza, un ser, bondad,
la gran vileza mirad
que hoy os canta amor así:
¿qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra, pues que me llamastes,
vuestra porque me esperastes,
vuestra, pues no me perdí:
¿qué mandáis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?

¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Dadme muerte, dadme vida:
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme Infierno o dadme Cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Si queréis, dadme oración,
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Dadme, pues, sabiduría,
o por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía;
dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí o allí:
¿qué mandáis hacer de mí?
Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid:
¿qué mandáis hacer de mí? (...)

VUESTRA soy, para Vos nació ¿qué mandáis hacer de mí? De nuevo os traigo un poema de corte tradicional, muy en el estilo de la obra poética teresiana y dentro de la corriente literaria de los cancioneros del siglo XVI. Cuánto apreciaba nuestra santa estas composiciones. Aprendió muchas en su mocedad, en aquella época en que tan aficionada era a los libros de caballería que hasta se atrevió a escribir uno de ellos. En sus pesados viajes para llevar a término las fundaciones, aprovechaba el tiempo en transformar el poema que le traía el recuerdo para acomodarlo a su inspiración religiosa, convirtiéndolo de profano en «divino». Alegrar a sus hijas en todo momento, en especial en las recreaciones y fiestas especiales. Romper el ritmo ordinario de la vida cotidiana y cantar y recitar y hasta bailar como modo divertido de alabar al Señor. No se cansaba de repetir Teresa: «Tristeza y melancolía no las quiero en casa mía». Divertirse siempre en sentido etimológico no es irse por sendas distintas y menos extraviarse de la razón de la existencia. Como podemos leer en una cartela en todos los conventos de descalzas «Hermano, una de dos. O no hablar, o hablar de Dios. Que en la casa de Teresa, esta ciencia se profesa». Las recreaciones son ocasión para las alegrías y gozos llenos del candor y la inocencia que nos hace niños. Gozo, alegría para seguir con buen ánimo el camino de más amar, y mejor, a Dios.

La fuerza expresiva del poema se concentra en el estribillo. Imaginad por un momento que estamos ante una declaración amorosa profana. Nos parecería una escena tan bella como atrevida. Una mujer que le confiesa a su enamorado su entrega total, más aun, en el contexto poético de haber nacido para amar, —por imposición del destino—, reconocer «para vos nació». Y en consecuencia, dispuesta a una entrega total: «qué queréis hacer de mí». Este es el punto de partida desde el que arranca la inspiración poética de Teresa. En su pluma toda sensualidad ha desaparecido, e incluso todo lo que puede tener de hiperbólico o de desajustada exageración. En el contexto de un alma en unión con Dios, las palabras se llenan de verdad y adquieren una resplandeciente esperanza. Somos de Dios, hemos nacido para Dios, ¿qué menos, pues, que abandonarnos en Dios? Las glosas, estrofa a estrofa, van desgranando el esquema resumido en el estribillo.

Y primero de todo saber con quién estoy hablando. ¿A quién dice que se dirige su interlocución? La respuesta es anonadante: habla con Dios. Dios es el otro invitado en este locutorio espiritual. Teresa lo sabe. Es con Dios con quien está hablando. ¿Se nos ha olvidado que Dios es el «contertulio» de nuestras inquietudes? La primera glosa nos lo desvela sin contemplaciones. Es Dios, soberana bondad. A quien «hoy os canta amor así».

La siguiente glosa desarrolla sin ambages la correspondencia y entrega total de Teresa: vuestra soy. La entrega y sumisión no es una cortesía debida a reglas de amor establecidas por severos y rigurosos códigos. No, no y no. Es el triunfo del amor nacido del alma. Por todo lo que sabe se entrega: «Me criasteis, me redimisteis, es decir me disteis el sello o signo de la cruz.» Sólo un amor nacido del corazón puede saldar la deuda al verdadero amor. El poema se adentra en esta idea. Sólo el amor compensa al amor que ha llenado de sentido nuestra existencia.

Todas las demás estrofas desarrollan el verso segundo del estribillo. Gozosamente va enumerando contrarios como alternativas en el camino espiritual de Teresa. En una entrega sin escatimar ni rincones ni vericuetos escondidos, todo es bienvenido siempre que venga de la mano del Amado o lleve su sello. «Veisme aquí», como una nueva esclava del Señor que ya sólo es «Dulce Amor». En su palma, con su corazón, pone todo su ser; en cuerpo y alma, su persona entera. Lo demás es cuestión del mismo Dios: vida o muerte, salud o enfermedad, fecundidad o esterilidad, oración o sequedad, sabiduría o ignorancia, etc. es decir, en cualquier circunstancia de la vida; pero con una sola condición: siempre desde el amor. Amar, amar, amar: único fin de la existencia.

¿Verdad que es un plan de vida cuyo secreto es el confiado abandono en un Dios que es Amor? No creáis que sólo es adecuado para la vida consagrada. En la escala del universal camino de perfección, aparece como guía para todos los estados de vida la confianza sin fisuras en la Providencia de Dios. Describe el alma de una monjita del Carmelo; pero marca senda común para los que han puesto su confianza en el Señor.

Teresa de Jesús



La relación entre doctrina cristiana y pastoral*

MONSEÑOR JUAN ANTONIO REIG PLA

EL libro que presentamos, *Eucaristía y divorcio: ¿hacia un cambio doctrinal?*, del profesor José Granados García¹, es una obra de madurez que viene precedida por muchos años de estudios sobre el matrimonio y la familia. El propósito del autor es profundizar en las cuestiones debatidas en el Sínodo extraordinario de la Familia de tal manera que la próxima asamblea sinodal pueda ser «providencial para recrear esperanza en el camino de las familias» (*Introducción*, op. cit., XII).

Tomando como motivo el debate suscitado en torno a la «posibilidad de que los divorciados y casados de nuevo accedan a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía» (*Relatio synodi*, 52), el profesor Granados nos invita a analizar los presupuestos básicos sin los cuales resulta imposible afrontar con lucidez una pastoral familiar concorde con el Evangelio del matrimonio y de la familia. De la lectura de este trabajo, que tiene como hilo conductor la relación inseparable entre doctrina cristiana y pastoral, quisiera extraer algunas cuestiones que considero de gran interés.

El debido realismo

A lo largo de esta primera etapa sinodal se ha hecho continuamente referencia a la necesidad de analizar la *realidad actual de la familia* para afrontar los nuevos retos que se presentan a una pastoral familiar adecuada. De hecho ésta es la primera pregunta que la Secretaría del Sínodo formula para la preparación del *Instrumentum laboris* de la próxima asamblea sinodal con una referencia explícita a «facilitar el *debido realismo* en la reflexión de los episcopados particulares, evitando que sus respuestas puedan producirse según esquemas y perspectivas propios de una pastoral meramente aplicativa de la doctrina» (*lineamenta* para la XIV Asamblea general ordinaria, introducción de la primera parte).

*. JOSÉ GRANADOS GARCÍA, *Eucaristía y divorcio: ¿hacia un cambio doctrinal?*, BAC, 2015.

Siguiendo las pautas del libro que presentamos, y en consonancia con el magisterio de los últimos pontífices, es necesario aclarar qué entendemos por «debido realismo». Ya el papa Benedicto XVI nos advertía que «la Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo» (*Verbum Domini*, 10). No debemos, por tanto, confundir realismo con sociología o estadísticas o, peor aún, si cabe, con rendirse a la realidad sociológica canonizando lo que destruye a las personas. Imaginemos qué hubiera pasado si Pedro y Pablo hubieran optado por este tipo de «realismo» ante la sociedad de la Roma imperial que les tocó vivir. Realismo no es pragmatismo, ni utilitarismo, ni consecuencialismo. El fundamento de la realidad es Cristo, es decir, el Hijo de Dios que toma nuestra carne débil y herida y la redime; ser realista es dejarse guiar por Dios, para el cual nada hay imposible (Cf. Lucas, 1, 37).

Como su predecesor, el papa Francisco es clarísimo al respecto: «El cristiano es una persona que piensa y actúa en la vida cotidiana según Dios, una persona que deja que su vida sea animada, alimentada por el Espíritu Santo, para que sea plena, propia de verdaderos hijos. Y eso significa realismo y fecundidad. Quien se deja guiar por el Espíritu Santo es realista, sabe cómo medir y evaluar la realidad, y también es fecundo: su vida engendra vida a su alrededor» (16-6-2013).

La relación entre doctrina cristiana y pastoral

A lo largo de toda la etapa que va desde la convocatoria a la celebración de la Asamblea sinodal extraordinaria sobre el matrimonio y la familia, hemos oído repetir continuamente la siguiente proposición: «No se trata de cambiar la doctrina [sobre la indisolubilidad del matrimonio] sino de “renovar” o “cambiar” la práctica pastoral».

Frente a este dilema «doctrina o pastoral» la aportación del profesor Granados la considero muy lograda y aporta una gran luz para el momento presen-

te. Su estudio, para aclarar lo que significa doctrina cristiana y su vinculación inseparable con la práctica pastoral de la Iglesia, nos lleva a recorrer lo que se quiere decir con los términos «verdad», «doctrina cristiana» y «dogma» desde el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la Tradición cristiana. La doctrina, concluye el autor, se identifica con el relato de la acción de Dios que en Jesús se ha hecho carne y camino para nuestra existencia. En palabras del profesor Granados, «la doctrina se pone al servicio de la verdad de nuestra vida: nos dice cómo ha vivido Cristo y cómo vivir cada instante a la luz de Cristo» (op.cit., pág. 20). Esto hace imposible separar la doctrina de la práctica pastoral, o, lo que es lo mismo, no se puede romper a Cristo de cuya vida participamos desde el Bautismo pasando a ser su cuerpo.

El autor explica la vinculación entre la indisolubilidad del matrimonio y la práctica eucarística analizando la tradición litúrgica de la Iglesia (*lex orandi–lex credendi*) y deteniéndose en un estudio pormenorizado de los textos de san Ireneo de Lyon, san Agustín y santo Tomás de Aquino. «Lo propio del cristianismo, concluye, es haber introducido un principio nuevo de coherencia: el don de la caridad, que nos confiere el Espíritu de Jesús. El que ama sabe que su conocimiento y su querer no pueden separarse, porque el amor es uno, y posee a la vez luz y fuerza. La unidad de doctrina y práctica no se encuentra fijándonos en el individuo, que intenta sin éxito unirlos, sino a partir del amor, que nos los entrega desde siempre entrelazados» (ibidem. pág. 83).

El papa Francisco también ha aclarado que la verdad (*doctrina*) que enseña la Iglesia no es una idea, sino es Cristo mismo, Buen Pastor, que toca y sana la voluntad y la vida de las personas (*pastoral*): «Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros».

Indisolubilidad del matrimonio: ¿ideal o mandato de Cristo?

EN el debate sinodal ha habido quienes han defendido la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio como un *ideal* al que hay que tender pero que algunos no pueden alcanzar por diversas circunstancias a veces difíciles y dolorosas. Es más, algunos quisieran ver en el lenguaje del papa Francisco cuando habla del «*ideal evangélico*» un refrendo de esta misma opinión.

¿Cómo hay que interpretar, pues, las palabras del Santo Padre recogidas en los *lineamenta* para la próxima Asamblea Ordinaria del Sínodo, n. 19: «sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día»? (*Evangelii gaudium*, n. 44).

Es el mismo papa Francisco quien en su propio texto (*Evangelii gaudium*, nota 50), remite a la exhortación apostólica *Familiaris consortio* del papa san Juan Pablo II que trata del itinerario moral de los esposos y en el que se dice textualmente: «sin embargo, [los esposos] no pueden mirar la ley como un mero ideal que se puede alcanzar en el futuro, sino que deben considerarla como un mandato de Cristo Señor a superar con valentía las dificultades. «Por ello la llamada “ley de gradualidad” o camino gradual no puede identificarse con la “gradualidad de la ley”, como si hubiera varios grados o formas de precepto en la ley divina para los diversos hombres y situaciones. Todos los esposos, según el plan de Dios, están llamados a la santidad en el matrimonio, y esta excelsa vocación se realiza en la medida en que la persona humana se encuentra en condiciones de responder al mandamiento divino con ánimo sereno, confiando en la gracia divina y en la propia voluntad» (*Familiaris consortio*, 34).

Las palabras de Jesús «lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre» (Mt 19, 6), además de remitir al designio creador de Dios, («al principio no fue así»), suponen la novedad de la gracia de la redención mediante la cual lo que no es posible para los hombres es posible para Dios. Precisamente porque la indisolubilidad es un «don de Dios», que se recibe en el sacramento del matrimonio (participación de la caridad sponsal de Cristo), se constituye en un mandato.

Así lo ratifica la doctrina enseñada por el papa san Juan Pablo II en la carta encíclica *Veritatis splendor*: «Sólo en el misterio de la redención de Cristo están las posibilidades “concretas” del hombre». «Sería un error gravísimo concluir... que la norma enseñada por la Iglesia es en sí misma un “ideal” que ha de ser luego adaptado, proporcionado, graduado a las –se dice– posibilidades concretas del hombre: según un “equilibrio de los varios bienes en cuestión”. Pero, ¿cuáles son las “posibilidades concretas del hombre”? ¿Y de qué hombre se habla? ¿Del hombre dominado por la concupiscencia, o del redimido por Cristo? Porque se trata de esto: de la realidad de la redención de Cristo. ¡Cristo nos ha redimido! Esto significa que Él nos ha dado la posibilidad de realizar toda la verdad de nuestro ser; ha liberado nuestra libertad del dominio de la concupiscencia» (*Veritatis splendor*, 103).

¿Se puede cambiar la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio?

SIGUIENDO el debate del Sínodo sobre la Familia se han oído voces que reclaman una revisión de la doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio y la posibilidad de ampliar el llamado «poder de las llaves» o la potestad del Papa para disolver el vínculo conyugal.

Para hacernos cargo de esta cuestión conviene recordar que cuando hablamos del carácter absoluto de la indisolubilidad del matrimonio nos referimos al contraído entre «bautizados, rato [válido] y consumado». En este sentido, el profesor Granados nos ofrece de la mano de John Henry Newman una preciosa explicación sobre el desarrollo de la doctrina cristiana tomando como imagen lo que ocurre en un organismo vivo que se identifica «como Cuerpo de Cristo, como extensión de la presencia de Jesús en el mundo a través de todas las edades» (Granados, *op. cit.*, 92).

Según el autor «este poder de la Iglesia se ha ido aclarando en el tiempo, cuando se resolvían casos difíciles; el Papa podía disolver un matrimonio entre no cristianos (privilegio paulino) y también un matrimonio sacramental no consumado (el mal llamado «privilegio petrino»). En ambas situaciones el principio de discernimiento es el mismo: esos matrimonios no entran de lleno en el orden de la redención de Cristo, sea porque se realizan entre no bautizados, sea porque no contienen la plenitud de la unión entre Cristo y su Iglesia en una carne» (Granados, *op. cit.*, 136).

Sin embargo «se aclara también que la Iglesia no puede disolver un matrimonio sacramental rato y consumado. Esto es así porque el matrimonio pertenece al ser mismo de la Iglesia, y la Iglesia no tiene autoridad para deshacerse a sí misma» (Granados, *op. cit.*, 137).

Ante quienes afirman el poder del Papa para disolver estas uniones, el papa san Juan Pablo II cerró la cuestión de «un modo definitivo». «Así pues, se deduce claramente que el magisterio de la Iglesia enseña la no extensión de la potestad del Romano Pontífice a los matrimonios sacramentales ratos y consumados como doctrina que se ha de considerar definitiva, aunque no haya sido declarada de forma solemne mediante un acto de definición. En efecto, esa doctrina ha sido propuesta explícitamente por los romanos pontífices en términos categóricos, de modo constante y en un arco de tiempo suficientemente largo. Ha sido hecha propia y enseñada por todos los obispos en comunión con la Sede de Pedro, con la convicción de que los fieles han de mantenerla y aceptarla. En este sentido ha vuelto a proponerla el *Catecismo de la Iglesia católica*. Por lo demás, se trata de una doctrina confirmada por

la praxis multisecular de la Iglesia, mantenida con plena fidelidad y heroísmo, a veces incluso frente a graves presiones de los poderosos de este mundo» (san Juan Pablo II, discurso del 22 de enero de 2000, AAS 92, 2000, 355).

Una pastoral familiar fecunda

EN el trasfondo de la obra que presentamos existe una firme convicción del profesor Granados: la pastoral sigue a la doctrina porque se trata de llevar a cumplimiento las palabras del Señor: «*He venido para que tengan vida y la tengan abundante*» (Jn 10, 10).

Con la pastoral familiar, dimensión esencial de toda evangelización, la Iglesia acompaña a los esposos para que, escuchando la voz del Buen Pastor, puedan participar de su «caridad esponsal», de su amor por la Iglesia: fiel y exclusivo hasta la muerte. Así «En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia» (*Familiaris consortio*, 13). De ahí nace la vinculación necesaria entre indisolubilidad y misterio eucarístico, actualización del sacrificio de Cristo, en el cual une a sí a su Iglesia, la une a su cuerpo formando «una sola carne».

«Según esto, concluye el autor, la práctica de la indisolubilidad, que se traduce en mantener la conexión entre vida eucarística y vida matrimonial, es la verdadera pastoral fecunda. La alternativa de desarticular ambas dimensiones, eliminando el nexo entre Eucaristía y vida conyugal, conduce a falsas pistas pastorales, que se muestran estériles (Granados, *op. cit.*, 142–143)».

La historia, maestra de la vida, nos enseña que éste es el verdadero camino de la misericordia, que incluye no ocultar el sentido del sufrimiento, es decir, no ocultar la cruz gloriosa del Señor resucitado que es «escándalo para unos y locura para otros» (Cf. 1 Cor 1, 23), pero «la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres» (1 Cor 1, 25). Los primeros cristianos se dejaron conducir por el Buen Samaritano, quien les regaló la «redención del corazón», curó sus heridas con el aceite del Espíritu Santo y los condujo a la posada: la Iglesia o el redil donde se encuentran los pastos que nos hacen alcanzar la plenitud de vida. Así ganaron poco a poco el corazón de esta vieja Europa que, ahora, seducida por otras voces o cantos de sirena, se resiste a escuchar la voz del Buen Pastor.

Virgen de Nuria, Virgen de la montaña

EULALIA VIVES

CORRÍA el año 700 de nuestra era, cuando san Gil oriundo de Atenas, llegó a Nuria desde la Provenza, donde había fundado un monasterio. Su objetivo era vivir la paz y la tranquilidad de la vida eremítica. Se entregaba a la oración y a la fabricación de iconos, entre ellos, el de la Virgen de Nuria. Llevó consigo una cruz. Vivía en una pequeña cueva, que ahora lleva su nombre y dedicaba gran parte de su tiempo a convivir con los pastores que llevaban sus rebaños a la montaña. Con ellos compartía su comida, que consistía en grano cocinado en una olla de cobre. Cuando tenía la comida preparada hacía sonar la campana para avisar a los pastores. Su estancia en los valles de Nuria duró cuatro años, pasados los cuales tuvo que volver a la Provenza, parece ser que perseguido por los arrianos. Antes de marchar, san Gil escondió la imagen de la Virgen que él mismo había realizado y también su cruz, la olla y la campana.

Más de tres siglos después, exactamente en 1072, un ángel se apareció en sueños a Amadeo, un pastor que, según algunos, vivía en Dalmacia, aunque en realidad parece que era oriundo de Damasco, capital de Siria. El ángel le pidió que fuera hasta Nuria y allí edificara una capilla en honor a la Virgen. También le indicó, señalando el lugar con una piedra blanca de gran belleza, dónde estaban escondidos los valiosos objetos de san Gil. Amadeo construyó un templo sencillo y un pequeño albergue para los feligreses con la ayuda de los pastores. Se fue de allí sin encontrar la herencia de su predecesor, no sin antes encargar a la gente del lugar seguir buscándola después de su partida.

Amadeo se fue de Nuria sin conocer el tesoro allí escondido pero dejó un lugar donde poder cobijarse los pastores, quienes acudían con frecuencia a la humilde capilla dedicada a la Virgen buscando protección para ellos y para sus rebaños. Siete años después de la llegada de Amadeo, un toro brioso de pelo rojo empezó a escarbar con su pezuña en una pared. Los pastores vieron en este acto del animal un signo de lo alto, por lo que con ayuda de sus herramientas perforaron la roca. Tras el muro de piedra apareció una luz resplandeciente que procedía de la bellísima imagen de la Virgen. Junto a la Virgen encontraron también la cruz, la olla y la campana. Más tarde, se construiría en ese lugar la ermita de san Gil.

La imagen de la Virgen de Nuria es una representación de María como Virgen Majestad y como Trono de Sabiduría. El cabello y las orejas al descubierta denotan un alejamiento del hieratismo; la mano izquierda en la espalda del Niño Jesús expresa humanización de las figuras. Su mano derecha sostiene al Niño Jesús, que levanta el brazo derecho en actitud de bendecir, como Señor del Universo.

La Virgen de Nuria se ha convertido en un referente de la fertilidad. Los fieles piden su intercesión para que los haga fértiles en su descendencia, también le piden que los ayude a descubrir la verdadera vocación y dar los mejores frutos. Es por ello que, desde hace años, muchos matrimonios llegan a Nuria con peticiones y súplicas para la Virgen, volviendo muchos de ellos al santuario a darle gracias, después de obtener su ayuda, atendiendo sus oraciones. La Virgen de Nuria también es patrona de los pastores y de los esquidores.

A partir de 1460, la capilla se convirtió en un pequeño santuario y los vecinos y un rector de Querlals pasaron a encargarse del mantenimiento y la conservación del santuario de Nuria y del nuevo hospital contiguo. A pocos metros del Santuario, junto al camino que desciende hacia Querlals, se construyó en 1615 la primera ermita dedicada a san Gil, en el mismo lugar donde se encontró la imagen de la Virgen. Una vez la ermita empezó a recibir fieles, todo el valle en general experimentó un aumento notable de visitantes, obligando a convertir en albergue el pequeño hospital (entre 1640 y 1648) a la vez que se reconstruía el Santuario (en 1728 se añadiría un camarín para la Virgen).

Al estallar la Guerra Civil, el sacerdote que custodiaba la Virgen, por miedo a que se perdiera, la cogió y la llevó al norte de Catalunya. Posteriormente la llevó a Francia y por último fue trasladada a Suiza, donde permaneció hasta el año 1941, cuando finalmente fue devuelta a su lugar de origen.

En el centro de Barcelona, concretamente, en Plaza Cataluña encontramos una obra de Enric Monjo que lleva por título «Dona amb Mare de Déu». La figura femenina lleva en la mano una estatua de la Virgen que puede identificarse con la Virgen de Nuria. Durante la Guerra Civil, los fieles, cuando pasaban por la plaza, se detenían delante de la estatua y rezaban disimuladamente, sin levantar sospechas pidiendo a

la Virgen su ayuda, auxilio e intercesión en aquellos momentos difíciles y dramáticos.

En el año 1956 el papa Pío XII proclamó a la Virgen de Nuria patrona de la diócesis de Urgell. En el año 1965 el papa Pablo VI autorizó la coronación canónica de la imagen.

En Nuria se celebran varias festividades a lo largo del año, cada una de ellas con su historia, su significado, su tradición, etc.

La festividad de la Virgen de Nuria se celebra el 8 de septiembre junto a todas las Vírgenes encontradas. Tal festividad es conocida como la *Diada de la Mare de Déu de Nuria*, siendo el acto central de la jornada la celebración de la Santa Misa, que ese día goza de una solemnidad especial. Finalizada ésta, comienza la procesión hasta la ermita de san Gil, llevando en andas la imagen de la Virgen

de Nuria todas las mujeres presentes en la celebración que llevan el nombre de la Virgen. Generación tras generación, mayores o pequeñas, todas ellas se mantienen esta piadosa tradición llevando a la Virgen a cuestras hasta la ermita. Después pueden firmar en *El Llibre de les Núries*, que se encuentra en la iglesia.

El santuario de Nuria es un lugar de peregrinación y recogimiento donde año tras año cientos de personas, acuden para orar, encomendarse a la Virgen y dar las gracias por todos los beneficios obtenidos de ella. Y todo, enmarcado en un espectacular paisaje que acompaña al peregrino en la travesía. Es grande la devoción que los catalanes tienen a la *Mare de Déu de Nuria*, lo que empuja a muchos, generación tras generación, a visitarla en su santuario implorando su ayuda y su protección.



GOIGS DE LA MARE DE DEU DE NURIA

Ja que en tan freda muntanya per nosaltres vol estar:
La Mare de Déu de Núria anem tots a visitar.

Cobles

Una muntanya escarpada mig any coberta de neu, volgué prendre per estada la Mare del Fill de Déu. Des de allí favors envia a qui els hi sab demanar.

Desitjós de dar-li glòria el devotíssim San Gil, una imatge per memòria fabricà bella i gentil, per tal que'ls devots en ella la vinguessin a honorar.

Per salvarla de la fúria del cruel perseguidor, en una cova de Núria ocultà tan gran tresor: és que Déu aquí volia son poder manifestar.

Efecte fou de sa gràcia penyora del nostra hé, que Amadeu des de Dalmàcia a tal muntanya vingué; perquè del cel els designis havia d'executar.

Prompte a la Divina Estrella que en Núria havia d'eixir una senzilla capella s'afanyen en construir; mentre del cel nous prodigis el seu zel fan avivar.

A tan agradable nova acuden els sacerdots, i penetren dins la cova amb gran concurs de devots; en treuen la santa imatge traslladant-la a son altar.

Agradà tant a Maria aquest lloc que s'esculli, que quan Queralps la volia immòbil es resistí: aquest temple és testimoni de un succés tan singular.

Cosa fou meravellosa feta per voler de Déu, que una creu, olla i campana trobaren al costat seu; reiquies molt venerades per sa virtut de curar.

El Rosselló i la Cerdanya, comtats d'Urgell i Conflent, pobles de França i Espanya des de llevant a ponent. Oh Mare! vostra clemència s'esforcen en publicar.

Prop d'una font cristallina oïu les nostres clamors, perquè s'ou la Font divina que raja aigües de favors: de Vos ningú buit s'en torna, si és humil en demanar.

A vostres plantes postrada si us ho prega amb devoció, troba la dona casada el fruit de benedicció: i el vostre nom, agrada, no cessa de proclamar.

Als pastors de la muntanya, que us invoquen de bon cor, els defenseu de la sanya del dimoni, llop traïdor; i com també s'ou pastora, sos ramats sabeu guardar.

Tornada

Ja que per sa gran clemència nostres vots vol escoltar,
La Mare de Déu de Núria anem tots a visitar.

v. Ora pro nobis sancta Dei Genitrix. r. Ut digni efficiamur promissionibus Christi. OREMUS. Concede nos famulos tuos, quæsumus, Domine Deus, perpetua mentis et corporis sanitæ gaudere et gloriosa Beatæ Mariæ Semper Virginis intercessione a præsentis liberati tristitia et æterna perfrui lætitiæ. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

«Adelante, siempre adelante, Dios proveerá»

Vida de santa Carmen Sallés

MARÍA GELPÍ RODRÍGUEZ

LA fundadora de la Congregación de las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Carmen Sallés, nació el 9 de abril de 1848 en Vic, provincia de Barcelona, en el seno de una sólida familia cristiana que le consolidó en la fe, adquiriendo así un estilo de vida que su hermano lo definiría como «aquel aire suyo de andarse en la presencia de Dios».

La clarividencia que le otorgaron unos ejercicios ignacianos, le impulsaron a entrar con 21 años en el noviciado de las Adoratrices, que se dedicaban a la recuperación de mujeres de ambientes marginales, atrapadas en la delincuencia y la prostitución. Esta experiencia al lado de aquellas mujeres con tantas carencias, le hizo reflexionar sobre la necesidad de fundamentar la vida de la mujer en una buena educación cristiana que englobara la integridad de su persona.

Más tarde pasó a formar parte de la Congregación de Religiosas Dominicanas de la Anunciata, fundadas por el padre Coll, dedicadas a la enseñanza y educación femeninas. Así, durante 22 años se dedicó a la docencia en diferentes lugares, siempre con la mirada puesta en las mujeres más necesitadas, para el fomento de una firme educación cristiana que les permitiera llevar una vida digna a ellas y a sus hijos y una riqueza espiritual útil para su salvación. Así, dirigió una escuela de niños de madres trabajadoras y otra de educación nocturna para trescientas madres obreras, con la ayuda de las chicas del colegio diurno.

Hay que decir que las órdenes religiosas reflejan de diversas maneras la situación de la Iglesia en cada época, así como el sentir de la sociedad. Durante el siglo XIX en España, la etapa que abarca desde el liberalismo de las Cortes de Cádiz (1812) hasta el inicio de la revolución septembrina (1868), en la que Carmen Sallés inicia su labor, se encuentra con las dificultades que aquí se mencionan: Se pretende una imposición ideológica liberal y se seculariza paulatinamente la enseñanza, intentándose crear un sistema educativo público en el que el Estado procure una educación, cuyo derecho nunca ejerció porque no le pertenece. El recelo contra la Iglesia es creciente y la beligerancia contra las ór-

denes religiosas, ya iniciadas en el siglo anterior crece y el pensamiento ilustrado pretende acaparar para el estado el monopolio de la educación bajo la bandera revolucionaria de la igualdad que endiosa al Estado y lo hace garante y medida de todo derecho.

La Iglesia, sin embargo, en su misión evangelizadora¹ y su función de educar², a diferencia de la idea de una educación secularizante, recuerda a los padres la grave obligación de educar a sus hijos y al estado la obligación de procurar que eso sea posible, al tiempo que «debiendo la Santa Madre Iglesia atender toda la vida del hombre, incluso la material en cuanto está unida con la vocación celeste para cumplir el mandamiento recibido de su divino Fundador, a saber, el anunciar a todos los hombres el misterio de la salvación e instaurar todas las cosas en Cristo, le toca también una parte en el progreso y en la extensión de la educación»³. De entre todos los medios para ello, el de mayor importancia es la escuela, que en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio e introduce en el patrimonio de la cultura adquirido por las generaciones pasadas⁴; cosa que la beata sabía muy bien, además de que la falta de medios para la educación, no sólo intelectual sino moral y religiosa, llevaba a la miseria a muchas mujeres de la sociedad en la que vivía, con graves consecuencias además, para los hijos de éstas.

A pesar de todas las dificultades con que la beata Carmen fue topando, su objetivo fue siempre el fomento de la piedad en las mujeres a las que atendía, para que pudieran desarrollar su labor femenina en todos los ámbitos de la sociedad y de la vida familiar: así llegarían a ser buenas mujeres, buenas madres, buenas trabajadoras y buenas cristianas. Les enseñaba lengua y matemáticas, labores domésticas y cuidados de puericultura; pero sobre todo, les enseñaba el amor consolador de Cristo.

1. Función que, según el CIC en su canon 781 «tienen todos los fieles, conscientes de su propia responsabilidad»

2. CIC Libro II

3. Declaración *Gravissimum educationis* Proemio.

4. Declaración *Gravissimum educationis* art. 5



Santa Carmen Sallés

«QUE NUESTROS ALUMNOS NUNCA DESMIENTAN QUE FUERON EDUCADOS EN LA CASA DE MARÍA INMACULADA.»
«SOMOS FELICES PORQUE, EN MEDIO DE NUESTRO CERCADO, SE OSTENTA ALEGRE Y HERMOSA, INUNDÁNDONOS DE LUZ CELESTIAL, PODEROSA, SABIA E INMACULADA, BRINDÁNDONOS CON SU AMABLE SONRISA, NUESTRA MADRE MARÍA INMACULADA. LEVANTEMOS A ELLA CON FRECUENCIA NUESTRA VISTA, MIENTRAS CULTIVAMOS NUESTRO JARDÍN, ELLA NOS DARÁ SABIDURÍA, ELLA NOS DARÁ VIRTUD Y ELLA NOS DARÁ PODER, PARA IR FORMANDO ESAS FLORES A IMAGEN SUYA.»

Su intención de formar una sección nueva dentro de su congregación para desarrollar con mayor amplitud su vocación, no llegó a buen término, por lo que se vio conducida a iniciar un camino nuevo, encomendándose al Espíritu Santo providente. Acompañada de tres compañeras Candelaria Boleada, Remedios Pujol y Emilia Horta inició una congregación nueva en la Iglesia, llamada en un primer momento Concepcionistas de Santo Domingo, hoy bajo el nombre de Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza.

La palabra firme y serena de don Celestino Pazos, perteneciente al cabildo de Zamora, le ayudó a buscar la voluntad de Dios y el 15 de octubre de 1892, festividad de santa Teresa de Jesús, Carmen llegó a Burgos, con las tres compañeras. Allí encontraron un gran protector en la persona del señor arzobispo, D. Manuel Gómez-Salazar y Lucio Villegas, quien, el 7 de diciembre del mismo año, otorgó la aprobación diocesana a la naciente congregación y autorizó la apertura del primer colegio concepcionista, tras lo cual vendría la aprobación diocesana de las Constituciones, con su nombramiento como superiora general. Su preocupación por procurar una educación cristiana completa, le llevó a preparar adecuadamente a las religiosas que serían maestras, que estudiaron, para sorpresa y admiración de muchos de la época, magisterio, lengua francesa y música; pues la joven educada, debía desarrollar su inte-

ligencia y su amor a Dios de manera armónica. Su incansable labor le llevó a fundar hasta trece «Casas de María Inmaculada», como le gustaba llamar a sus comunidades y colegios, en Burgos, Segovia, El Escorial, Madrid, Pozoblanco, Almadén, Valdepeñas, Manzanares, Santa Cruz de Mudela, Murchante, Barajas de Melo, Arroyo del Puerco (hoy de la Luz) y Santa Cruz de la Zarza. En un entorno en el que las hostilidades laicistas y anticlericales se mostraban con agresividad, la figura de M. Carmen resplandece por su profunda fe y ardiente caridad, manifestada de modo especial en las niñas con menos recursos. Abundan los testimonios que ofrecen pruebas sobre la profundidad de su vida interior y la delicadeza de conciencia con respecto a las experiencias dolorosas pasadas, que ofrecía como oración. Murió en Madrid, a los 63 años, el día 25 de julio de 1911 habiendo ofrecido su vida por Dios y los hermanos, dedicada a la labor de enseñar en el seno de la Iglesia.

El 15 de marzo de 1998, S. S. Juan Pablo II la beatificó, dedicándole estas palabras, que la misma madre Carmen Sallés decía: «Mientras haya jóvenes que educar y valores que transmitir, las dificultades no cuentan». Benedicto XVI la canonizará el 21 de octubre de 2007.

Madre Carmen continúa su trabajo en la Iglesia por medio de las Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza.



Pequeñas lecciones de historia

Don Bosco y la aprobación de la Sociedad salesiana

GERARDO MANRESA

CUANDO Don Bosco empezó la redacción de las reglas de su Congregación quiso ojear las de otras congregaciones para inspirarse con la experiencia ajena, pero no halló quien se las prestara, pues las comunidades religiosas las guardan muy celosamente. No pudiendo, se decidió a hacerlo según lo sugerido por su propia experiencia y los consejos de personas prudentes. ¡Increíble! Una de estas personas fue el ministro Ratazzi, padre de la ley de desamortización en el reino del Piamonte. Liberal empedernido, alarmado ante el avance de las ideas antisociales, preguntó a Don Bosco si había tomado medidas para su sucesión. «Debe reunir compañeros de confianza y formar una sociedad imbuida en su espíritu y práctica en sus métodos para que continúe su trabajo cuando Ud. ya no esté. Formen una sociedad de nuestro tiempo, le dijo, que no sea mano muerta, en la que los bienes no pertenezcan a un ente moral que no pueda disponer de ellos, sino a los socios; que conserven su derechos civiles, obedezcan las leyes del Estado, paguen impuestos, sean una sociedad de hombre libres, que vivan juntos por un fin benéfico». Don Bosco aceptó la idea y miró de ponerla, al menos parcialmente, en las reglas de su Sociedad. Esto ocurría en 1853.

En febrero de 1858, Don Bosco va a Roma a ver a Pío IX con las reglas de la Congregación bajo el brazo a fin de averiguar si puede seguir por el camino emprendido. Le expone la idea sobre su fundación y el Papa le anima a realizarlo pero le advierte que la nueva forma de congregación ha de ser tal que la respeten los gobiernos. ¡Ni el Papa ni Don Bosco se imaginaban las dificultades, las oposiciones, las batallas que iban a librarse alrededor de estas reglas!

Tras cuatro años de espera, desde el 58 al 62, sin obtener ninguna contestación de Roma, Don Bosco considera que tiene la bendición del Papa y reúne a los veintidós novicios que leen una pequeña fórmula para comprometerse temporalmente con votos de obediencia, pobreza y castidad. Muchos jóvenes esperaban este inicio y en enero del año siguiente ya eran 39 novicios. Acababa de ser nombrado arzobispo de Turín monseñor Ricardi, que siempre mantuvo una fuerte oposición a Don Bosco, al igual que otros muchos obispos, pues muchos jóvenes deseaban incorporarse como novicios a la Sociedad salesiana de Don Bosco en vez de incorporarse al seminario diocesano de las diferentes diócesis. Por otro lado criticaban la deficiente formación teológica que Don Bosco les daba, cosa que luego se mostró completamente falsa. Las dificultades principales que la Sagrada Congregación

de Obispos y Regulares veía en las reglas de la nueva Sociedad era que eran muy simples, que había una contradicción entre el voto de pobreza y la facultad de conservar el patrimonio particular de los miembros, los clérigos mezclados con los artesanos provocaba una falta de espíritu sacerdotal y los estudios deficientes, según algunos.

En octubre de 1868, el secretario de la Sagrada Congregación, monseñor Svegliati comunica oficialmente a Don Bosco que no se aprueban sus reglas ni se conceden las facultades que solicita. Don Bosco recibe un golpe mortal, pero no se desanima.

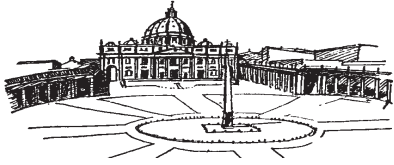
En enero del 69 va a Roma y el cardenal Benardi, miembro de la Sagrada Congregación, opuesto a la creación de la Sociedad, le pide el favor de que cure a un sobrino suyo gravemente enfermo. Don Bosco dice que pidan a María Auxiliadora la curación y ésta ocurre en dos días. El cardenal se ofrece a Don Bosco para lo que quiera, el cual le dice que hable al Papa a favor de la Sociedad salesiana. ¡El primer adversario convertido en paladín!

Don Bosco también tiene como adversario al cardenal Antonelli, Secretario de Estado, que está inmóvil en una silla por un fuerte ataque de gota, y le insta a que al día siguiente vaya a ver al Papa para hablarle a favor de su pía Sociedad. El cardenal le obsta a que vea su situación de inmovilidad a lo que el santo le dice que al día siguiente se podrá levantar si le promete a la Virgen hablar en favor de su Sociedad al Papa. Al día siguiente Pío IX se queda atónito al ver aparecer a Antonelli, a quien creía en situación muy apurada. ¡María Auxiliadora le echa otra mano a Don Bosco!

Pío IX había advertido a Don Bosco que el principal adversario era el secretario de la Sagrada Congregación, monseñor Svegliati y Pío IX, que siempre había sido favorable, no quería aprobar la Sociedad en contra de la opinión de sus consultores. Don Bosco, sin ninguna duda, se fue a ver a Svegliati y le ruega que interponga su influencia ante el Papa a favor suyo. Svegliati le dice que él está en contra y además que tiene una tos y una gripe muy fuerte que le tienen en cama desde hace días. Don Bosco le dice que si ha de ir a ver al Papa para hablarle en favor de su Sociedad salesiana, María Auxiliadora le curará de su tos y de su gripe y mañana mismo podrá ir a ver al Papa.

El Papa al ver a monseñor Svegliati hablando a favor de Don Bosco sonrío y piensa que Don Bosco ha conseguido la unanimidad.

La Pía Sociedad Salesiana se aprobó el 19 de febrero de 1869.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Aprobado el milagro que permitirá la canonización de los padres de santa Teresita

Si la curación en 2002 de un niño italiano aquejado de una grave malformación pulmonar fue el milagro que permitió la beatificación de Luis Martín y Celia Guérin, la curación en 2008 de una niña española, nacida prematuramente con múltiples y graves patologías (entre ellas una doble septicemia y una hemorragia cerebral intraventricular izquierda grado IV, que se complicó con problemas en el corazón y en los pulmones), ha sido el milagro que permitirá la inscripción de los padres de santa Teresita del Niño Jesús en el Catálogo de los santos. Así lo manifestó el papa Francisco el pasado 18 de marzo al autorizar a la Congregación para las Causas de los Santos la promulgación del decreto que certifica dicho milagro.

Ahora, el camino hacia la canonización continuará su curso (será el primer matrimonio canonizado conjuntamente) y se espera que concluya antes de la celebración del Sínodo ordinario de los obispos sobre la Familia programado entre el 4 y el 25 de octubre de 2015. De hecho, el papa Francisco ya encomendó los trabajos del Sínodo extraordinario sobre la Familia del pasado mes de octubre a santa Teresita y a dos matrimonios beatos, los Martín Guérin y los Beltrame Quattrocchi, mandando traer a Roma sus reliquias para pedir por el bien de los trabajos del Sínodo.

Durante la ceremonia de beatificación de Luis y Celia Martín Guérin el cardenal Saraiva Martins propuso a los padres de santa Teresita como testimonio del radicalismo que exige el compromiso evangélico de la vocación al matrimonio hasta el heroísmo. «No temieron hacerse violencia a sí mismos para arrebatarse el Reino de los Cielos, y así se convirtieron en luz del mundo, que hoy la Iglesia pone en el candelero a fin de que brillen para todos los que están en la casa (la Iglesia)». Ahora, la próxima canonización de los beatos Martín Guérin, cuyo «ejemplo de vida cristiana es como una ciudad situada en la cima de un monte, que no puede ocultarse», constituye un nuevo motivo de esperanza de cara a los frutos que se esperan obtener de los trabajos en torno a «la vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo» que tendrán lugar durante el mencionado Sínodo de las Familias.

En torno a la enseñanza de Religión Católica en España

LA publicación en el Boletín Oficial del Estado (BOE) el pasado 24 de febrero del nuevo currículo de la enseñanza de Religión Católica en la Educación Primaria y en la Educación Secundaria Obligatoria ha reabierto momentáneamente el debate sobre la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas.

Conviene notar, en primer lugar, que las críticas por las que se acusa a la asignatura de religión católica de «introducir en la enseñanza contenidos creacionistas, acientíficos y claramente doctrinarios» así como de «entrar en conflicto con la moral que defiende la Constitución» van dirigidas únicamente contra la religión católica ya que el currículo del área de Enseñanza de Religión Islámica en la Educación Primaria, publicado en el BOE el 11 de diciembre de 2014, propone también ciertos contenidos análogos a los católicos y éstos no han sido puestos en cuestión ni en los medios de comunicación ni en el mismo Parlamento.

Por otro lado llama la atención la tormenta mediática que ha supuesto la publicación de los contenidos de la asignatura de Religión, propuestos ya hace tiempo por la Conferencia Episcopal Española y que, evidentemente, mantienen la enseñanza multiseccular de la doctrina y moral católica; y cómo ha sido rápidamente silenciado el asunto una vez divulgados los consabidos tópicos sobre el tema, hecho que confirma que en nuestra tolerante sociedad democrática se puede hablar públicamente de todo menos de Dios, ni aunque sea para atacarle o negarle.

José Miguel García, director del secretariado de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la CEE y encargado del equipo que ha elaborado el currículo de Religión católica de la LOMCE, ha denunciado la «grave situación» que vive la Iglesia católica en España, «a la que se está aporreando» y a la que se pretende «impedir» que pueda dar testimonio público y cumplir el mandato de Cristo de «ir y enseñar a todas las gentes», especialmente a los niños. Además, García ve «lamentable» que no se respete el derecho a la libre elección por parte de los padres a la educación de sus hijos en la fe católica y explica el ligero descenso del número de alumnos que eligen esta asignatura como asignatura optativa (que asciende actualmente al 63.5 % del total de

alumnos escolarizados) en el «ambiente hostil» y la «presión de algunos directores» de colegios estatales que «impiden a los padres elegir la hora de religión o sencillamente no la ofertan» y nadie les reclama el cumplimiento de la ley vigente.

En la nota de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre la opción por la enseñanza religiosa católica en el curso 2014-2015, recientemente publicada por la Conferencia Episcopal Española, los obispos se lamentaban también de que «la regulación de la enseñanza de la Religión y Moral Católica que la LOMCE ha impuesto para el Bachillerato no garantice la oferta obligatoria de la asignatura por parte de los centros ni, consecuentemente, que los padres y, en su caso, los alumnos puedan optar por ella. En esta etapa educativa –recuerda el documento– no se garantiza de manera suficiente y adecuada el derecho de los padres a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que ellos deseen, ni se cumple el mandato constitucional (Art. 27,3) ni el tratado internacional entre el Estado y la Santa Sede de 3 de enero de 1979, que son normas de obligado cumplimiento, si en verdad se quiere respetar este derecho fundamental. Conviene recordar que la enseñanza religiosa escolar forma parte del derecho de los padres a educar a sus hijos según sus convicciones religiosas. A ellos corresponde la educación de sus hijos y no al Estado. Las administraciones centrales y autonómicas verdaderamente democráticas favorecerán de modo subsidiario dicha educación libremente elegida, sin intentar imponer concepciones religiosas o morales.»

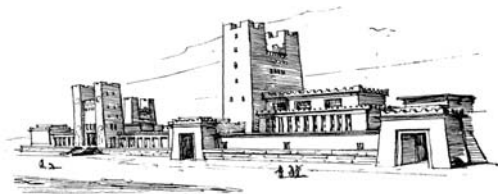
«La educación católica –ha dicho el papa Francisco– es uno de los desafíos más importantes de la Iglesia, dedicada hoy a realizar la nueva evangelización en un contexto histórico y cultural en constante transformación». Por ello, los obispos de la CEEC (Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis) animan a los padres cristianos a que inscriban a sus hijos en la asignatura de religión y agradecen a los docentes de dicha asignatura su servicio a la formación integral de los alumnos. Según Benedicto XVI, «la dimensión religiosa es intrínseca al hecho cultural, contribuye a la formación global de la persona y permite transformar el conocimiento en sabiduría de vida». La enseñanza de la religión, libremente elegida por los padres, ayuda a descubrir que «la dimensión religiosa no es una superestructura, sino que forma parte de la persona, ya desde la primera infancia; es apertura fundamental a los demás y al misterio que preside toda relación y todo encuentro entre los seres humanos. La dimensión religiosa hace al hombre más hombre». Esto es lo que el Concilio Vaticano II quiso decir en su célebre sentencia: «Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre» (*Gaudium et spes*, 22).

El templo, corazón de la universidad

LA Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) inauguró el pasado miércoles 18 de marzo la iglesia del Corazón de Jesús, templo principal del Campus, que ha sido el «sueño de los primeros docentes de la universidad y de la Conferencia Episcopal que la fundó» y que responde a la petición del papa Francisco de una mayor espiritualidad y encuentro con Jesucristo también en los centros académicos.

La solemne misa inaugural fue presidida por el cardenal Mario Poli, arzobispo de Buenos Aires y Gran Canciller de la Universidad, y contó con la participación del papa Francisco a través de un videomensaje dirigido a toda la comunidad universitaria en el que expresaba su alegría por el acontecimiento: «Hasta ahora eran las pequeñas capillitas las que de alguna manera iban alimentando nuestra oración, nuestro encuentro con Jesús, con la Virgen, con san José. Ahora este templo es el centro de toda la universidad, que tiene que estar orientada hacia él; es decir, la universidad orientada hacia Dios, hacia Jesús que está ahí en el sagrario. De ese templo tiene que salir la fuerza de la universidad, las ideas de la universidad, la enseñanza de la universidad. No es un templo separado, es el corazón de la universidad, está dentro de la universidad, es parte de la universidad; es mucho más importante que el Rectorado, que el Consejo Superior, que los Decanatos y que las Asambleas, ¡mucho más importante! Ahí está el corazón y está el centro. Me alegro con ustedes con esta inauguración de la iglesia de la Universidad Católica y deseo que esté siempre llena. Que Dios los bendiga».

El nuevo templo, con designación de «iglesia» y no de «capilla», se convierte así en el lugar central del culto de la Universidad porque en ella «la vida espiritual no puede entenderse como un parche, como una actividad secundaria o tolerable. En nuestra concepción de la vida y la sabiduría –destacaba el arzobispo rector de la UCA, Mons. Víctor M. Fernández en una carta dirigida a la comunidad universitaria– el “espíritu” es indispensable, esencial, fundamental, y debe penetrarlo todo». Para la Universidad, recordó Mons. Fernández durante la celebración, no ha habido un hecho más importante que éste en la última década, y seguramente es uno de los momentos más importantes de la historia de la Universidad; y rogó que «todos los que puedan se anoten media hora fija por semana de adoración al Santísimo Sacramento. Pueden hacerlo de a dos por si uno tiene un imprevisto. También pido a cada facultad y a cada dependencia que tome una hora por semana, cubriéndola con distintas personas. (...) Basta que siempre haya dos personas aquí, en oración, para que la vida de la universidad cambie».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Elecciones en Israel: contra todo pronóstico gana Netanyahu, pierde Obama.

Las elecciones legislativas en Israel habían adquirido tintes históricos, una disyuntiva en la que Israel debía elegir entre dos caminos y en la que todas las encuestas daban como perdedor a quien ha llevado las riendas del país durante los últimos años, Benjamín Netanyahu. Enfrentado al presidente estadounidense Barack Obama, debilitado por las escisiones en el seno de su partido, el histórico Likud, enfrentado con la prensa y con una intelectualidad judía que desea a toda costa vivir en un país normal, «a la europea», todo parecía indicar que Netanyahu iba a ceder su puesto al laborista Isaac Herzog, el hijo de Chaim Herzog, presidente de Israel desde 1983 hasta 1993 y nieto del gran rabino askenazi de Israel que asistió a la constitución del Estado de Israel. Y sin embargo, la victoria de Netanyahu ha sido amplia y clara, rompiendo todos los pronósticos y llevando al Likud a conseguir treinta escaños, una cifra que no obtenía desde 1996. Además, Netanyahu va a superar a David Ben Gurion como la persona que durante más años ha gobernado en Israel, entrando así en el panteón de los prohombres israelíes.

Si Netanyahu ha sido el gran vencedor, el gran derrotado ha sido el presidente Barack Obama. La animadversión entre ambos es grande y recíproca. Barack Obama inauguró su presidencia intentando abrir un nuevo periodo en las relaciones internacionales y muy especialmente en Oriente Medio, apostando por el diálogo y las concesiones. En lo que algunos han bautizado como una bella fiesta repleta de buenas palabras (que luego los hechos muchas veces desmentían), Netanyahu adoptó desde el principio el papel de aguafiestas, negándose a seguir el discurso de Obama y advirtiéndole de sus peligros. Siete años después, la política internacional de Obama se ha demostrado un enorme desastre, que ya no pueden defender ni los más cercanos al presidente estadounidense. Las decisiones de Obama han roto los frágiles equilibrios mundiales y han desencadenado un caos del que nadie sabe cómo salir: la tragedia siria, la amenaza iraní, la desestabilización de una inmensa región, desde el norte de África hasta Asia meridional, e incluso la guerra que ha regresado a Europa en Ucrania con-

figuran un panorama desolador. Netanyahu, ahora, saca pecho y le echa en cara a Obama aquello de «ya te avisé», algo que saca de sus casillas al soberbio presidente de los Estados Unidos.

Esta animadversión alcanzó su máxima cota en las semanas previas a las elecciones. Netanyahu aceptó la invitación del líder de la mayoría republicana en el Congreso de los Estados Unidos y pronunció un histórico discurso en Washington, brillante y firme, que Obama interpretó como una agresión (fue la tercera ocasión en que Netanyahu toma la palabra en el Congreso estadounidense, un hito que sólo otro líder extranjero ha conseguido, Winston Churchill). Por su parte, el presidente estadounidense hizo todo lo posible por perjudicar a Netanyahu, desde atacarlo directamente, amenazar a Israel, apoyar explícitamente a Herzog o incluso enviar a su equipo a pilotar la campaña del candidato laborista, que aprovechó para prometer una nueva era de mayor entendimiento con Estados Unidos en caso de resultar ganador («ganaré seguro y tranquilizaré a Obama», llegó a afirmar el ahora derrotado Herzog). Este mensaje encontró eco entre la población cosmopolita de Tel Aviv, pero no entre la mayoría de israelíes, que vieron con malos ojos la intromisión estadounidense y, al contrario, ven a Netanyahu como un líder capaz de enfrentarse a los más poderosos de la tierra en defensa de Israel. Las amenazas por parte de la administración Obama de votar en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas a favor de una moción para el reconocimiento de un estado palestino es la última reacción de un Obama derrotado e irritado. Pero dentro de un año Obama estará dando conferencias mientras Netanyahu aún estará al timón de Israel.

Y es que esta victoria supone, como ya señalábamos, la consagración de Benjamín Netanyahu como uno de los líderes más influyentes en la moderna historia de Israel. Procedente también de una influyente familia, uno de sus abuelos, rabino, dirigió la famosa escuela hebrea de Varsovia, el gimnasio Krinsky y llegó a Tel Aviv en 1920, donde cambió su apellido por el actual Netanyahu, que significa en hebreo «regalo de Dios». Su padre fue el historiador Benzion Netanyahu, discípulo del padre del sionismo revisionista, Vladimir Jabotinsky, y uno de los más renombrados historiadores de la Inqui-

sición. Tras negársele una cátedra en la Universidad de Jerusalén, Benzion marchó con su familia a Estados Unidos, donde sí pudo ocupar una cátedra en el Dropsie College. De su padre, Netanyahu ha heredado el convencimiento del carácter cíclico de las persecuciones contra Israel (bajo esta luz, y tras varias décadas de tranquilidad, contempla los planes nucleares de Irán). Benjamín, hasta ahora el único primer ministro israelí nacido en Israel, llegó a Pensilvania con 14 años y allí desarrolló una brillante carrera académica que le llevó a trabajar en el prestigioso Boston Consulting Group. Pero su vida dio un cambio brusco cuando su hermano mayor Yoni, héroe de la guerra del YomKippur y al que estaba muy unido, perdió la vida en la operación del aeropuerto de Entebbe, en Uganda, en el rescate de los rehenes secuestrados por terroristas palestinos. Benjamín regresó a Israel, se alistó en la unidad militar de elite Sayeret Matkal y posteriormente inició su exitosa carrera política con una idea muy clara: el conflicto entre judíos y árabes no tiene solución e Israel debe aprender a convivir y gestionar con esta situación sin hacerse ilusiones acerca de la resolución del mismo.

Durante la reciente campaña los opositores a Netanyahu han centrado sus propuestas en el coste de la vida, los precios abusivos de la vivienda, las amenazas a las pensiones... cuestiones relevantes en un país normal, un adjetivo que difícilmente se puede aplicar a Israel, un país cuya capital no es reconocida ni por sus aliados, que vive rodeado de enemigos por todos lados y cuyas colonias en Judea son como puestos de avanzada en un planeta hostil con una atmósfera mortal. En este contexto, la irrupción del Estado Islámico y el caos y la destrucción que imperan en la región han convencido a muchos israelíes de seguir apostando por las

políticas de seguridad de Netanyahu, empezando por la negativa a crear a corto plazo un Estado palestino, hostil y en manos de organizaciones terroristas, que constituiría una base de lanzamiento perfecta contra Israel.

Precisamente los asentamientos fuera de las fronteras de 1948 han sido uno de los elementos clave de estas elecciones. Los colonos han apoyado masivamente a Netanyahu y en una situación en la que el proceso de paz con los palestinos sencillamente ya no existe y en la que las relaciones con Estados Unidos son gélidas, no es improbable que en los próximos meses veamos construir nuevos asentamientos.

Otro tema crucial que tendrá que abordar Netanyahu será el de la relación con los árabes israelíes, que con catorce escaños son la tercera fuerza en el parlamento israelí, si bien completamente aislados. Es previsible que ahora aumente la intensidad de las presiones para que sea sancionada formalmente la identidad judía del Estado de Israel, lo que significaría convertir a los ciudadanos árabes (entre los que se cuentan algo más de ciento veinte mil árabes cristianos, un 9% de la población árabe residente en Israel) en ciudadanos de segunda categoría.

Ahora Netanyahu debe abordar la política de alianzas para formar gobierno desde la posición de fuerza que le da el poder optar por, al menos, tres tipos de alianza que obtendrían la mayoría de la Knesset, el congreso israelí: una alianza con los partidos religiosos, con los partidos seculares nacionalistas o un gobierno de unidad con los laboristas. Todo es posible, pero lo que parece seguro es que Netanyahu, para bien o para mal, va a seguir marcando la senda por la que el Estado de Israel va a transitar en el futuro inmediato.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Abril

General: Para que las personas aprendan a respetar la creación y a cuidarla como don de Dios.

Por la evangelización: Para que los cristianos perseguidos sientan la presencia reconfortante del Señor resucitado y la solidaridad de toda la Iglesia.

Mayo

General: Para que, rechazando la cultura de la indiferencia, cuidemos a los que sufren, en particular a los enfermos y a los pobres.

Por la evangelización: Para que la intercesión de María ayude a los cristianos que viven en contextos secularizados a hacerse disponibles para anunciar a Jesús.

OBRAS COMPLETAS DE FRANCISCO CANALS VIDAL

organizadas temáticamente en 12 volúmenes

A la venta el tercer volumen

Tenemos el gozo de presentar al lector el tercer volumen de las *Obras Completas* de Francisco Canals Vidal bajo el título de *Escritos teológicos (I)*, iniciando así la segunda parte de esta recopilación.

En estos tomos el lector encontrará textos de gran rigor teológico junto con otros de carácter más piadoso que, en torno a la doctrina sagrada, fueron escritos con el fin de ilustrar los misterios de la revelación.

Esta segunda parte la integran los volúmenes III al V. El tercer volumen recoge el conjunto de escritos cuya temática de alguna manera tiene que ver con la historia y formulación del dogma: *Los siete primeros concilios*, *En torno al diálogo católico-protestante*, así como diversos artículos que tienen por objeto tanto dicha formulación en los primeros siglos como el tema de la justificación por la fe.

Precio venta al público: 30 €

¡Suscríbase!

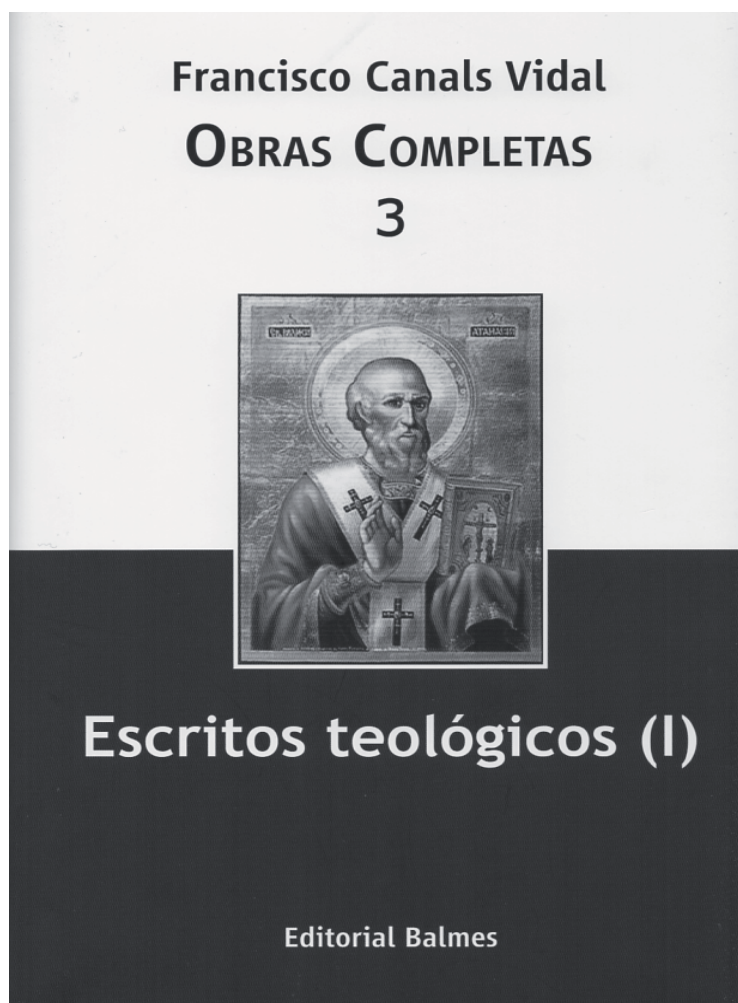
Precio venta a suscriptores: 25 €
incluidos gastos de envío a domicilio (excepto envíos al extranjero)

Para suscribirse es necesario enviar un e-mail a la siguiente dirección:

obrascanals@balmeslibreria.com

detallando los siguientes datos:

- Nombre, apellidos y NIF.
- Cuenta bancaria con sus 20 dígitos.
- Dirección completa donde enviar el libro.
- Teléfono de contacto.



CONTRAPORTADA

«Os espero a todos en el Cielo»

Mis queridos y amados hijos en Jesucristo:

Antes de partir para mi eternidad, debo cumplir con vosotros algunos deberes y satisfacer así un vivo deseo de mi corazón. Ante todo, os agradezco con el más vivo afecto de mi corazón la obediencia que me habéis prestado y cuanto habéis trabajado para sostener y propagar nuestra Congregación.

Yo os dejo aquí en la tierra, pero sólo por un poco de tiempo. Espero que la infinita misericordia de Dios haga que podamos encontrarnos todos un día en la feliz eternidad. Allí os aguardo.

Os recomiendo que no lloréis mi muerte. Es una deuda que todos tenemos que pagar, pero después nos serán ampliamente recompensados todos los sufrimientos soportados por amor a nuestro maestro Jesús.

En lugar de llorar, haced firme y eficaz propósito de permanecer seguros en la vocación hasta la muerte. Vigilad y procurad que ni el amor del mundo, ni el afecto a los parientes, ni el deseo de una vida más cómoda os induzcan al gran error de profanar los sagrados votos y traicionar así la profesión religiosa con la que nos hemos consagrado al Señor. Ninguno tome otra vez lo que hemos dado a Dios.

Si me habéis amado hasta ahora, seguid haciéndolo en adelante con la exacta observancia de nuestras Constituciones.

Vuestro primer rector ha muerto. Pero nuestro verdadero superior, Cristo Jesús, no morirá. Él será siempre nuestro maestro, nuestro guía, nuestro modelo; pero recordad que, a su tiempo, Él mismo será nuestro juez y recompensará nuestra fidelidad en su servicio.

Vuestro rector ha muerto, pero será elegido otro que cuide de vosotros y de vuestra eterna salvación. Oídlo, amadlo, obedecedlo, rogad por él, como lo habéis hecho por mí.

Adiós, queridos hijos, adiós. Os espero en el Cielo. Allí hablaremos de Dios, de María, Madre y sostén de nuestra Congregación; allí bendeciremos eternamente a nuestra Congregación, la observancia de cuyas reglas contribuyó poderosa y eficazmente a salvarnos. *Sit nomen Domini benedictum ex hoc nunc et usque in saeculum. In te, Domine, speravi non confundar in aeternum.*

Testamento espiritual de san Juan Bosco
DB, *Memorie dal 1841 al 1884-5-6*,
ASC 132, *quaderni-taccuini 6*.